

Una soledad demasiado ruidosa

Bohumil Hrabal

1

Hace treinta y cinco años que trabajo con papel viejo y ésta es mi *love story*. Hace treinta y cinco años que preno libros y papel viejo, treinta y cinco años que me embadurno con letras, hasta el punto de parecer una enciclopedia, una más entre las muchas de las cuales, durante todo este tiempo, habré comprimido alrededor de treinta toneladas, soy una jarra llena de agua viva y agua muerta, basta que me incline un poco para que me rebosen los más bellos pensamientos, soy culto a pesar de mí mismo y ya no sé qué ideas son mías, surgidas propiamente de mí, y cuáles he adquirido leyendo, y es que durante estos treinta y cinco años me he amalgamado con el mundo que me rodea porque yo, cuando leo, de hecho no leo, sino que tomo una frase bella en el pico y la chupo como un caramelo, la sorbo como una copita de licor, la saboreo hasta que, como el alcohol, se disuelve en mí, la saboreo durante tanto tiempo que acaba no sólo penetrando mi cerebro y mi corazón, sino que circula por mis venas hasta las raíces mismas de los vasos sanguíneos. Por regla general, preno unas dos toneladas por mes, y para tener fuerzas para este bendito trabajo, durante treinta y cinco años he bebido tanta cerveza que con ella se podría llenar una piscina olímpica o una buena cantidad de viveros de carpas navideñas. De esta manera, a pesar de mí mismo, me he vuelto sabio y ahora me doy cuenta de que mi cerebro es un fajo de pensamientos prensados en la prensa mecánica, mi cabeza calva es la nuez de Cenicienta, y sé bien que los tiempos en los que el pensamiento estaba inscrito en la memoria humana tenían que ser mucho más hermosos; si en aquel tiempo alguien hubiese querido pensar libros, tendría que haber prensado cabezas humanas, pero tampoco eso habría servido para nada, porque los verdaderos pensamientos provienen del exterior, van junto al hombre como su fiambreira de fideos y por eso todos los inquisidores del mundo queman los libros en vano, porque cuando un libro comunica algo válido, su ritmo silencioso persiste incluso mientras lo devoran las llamas, y es que un verdadero libro siempre indica algún camino nuevo que conduce más allá de sí mismo. Me compré una pequeña calculadora, una de esas multiplicadoras extractoras de raíces, una máquina menuda, no más grande que una cartera, y cuando reuní el valor necesario para abrir la parte de atrás con un destornillador, tuve un sobresalto de alegría porque dentro encontré una minúscula placa, no mayor que un sello, no más gruesa que diez hojas de un libro, y aparte de eso sólo aire, aire cargado de variaciones matemáticas. Lo mismo pasa cuando penetro con los ojos un buen libro, cuando despojo el texto de palabras impresas; entonces tampoco queda nada más que pensamientos irracionales que planean en el aire, que yacen en el aire, que se alimentan del aire, de la misma manera que la sangre está y al mismo tiempo no está en la sagrada forma. Hace treinta y cinco años que me dedico a envolver libros y papel viejo, vivo en un país que sabe leer y escribir desde quince generaciones atrás, vivo en un antiguo reino donde siempre ha persistido la costumbre y la obsesión de atiborrarse pacientemente la cabeza con ideas e imágenes que aportan un goce indescriptible y un dolor más grande aún, vivo envuelto entre personas dispuestas a dar incluso la vida por un paquete de ideas bien prensadas. Y ahora todo eso se repite en mis entrañas, hace treinta y cinco años que pulso los botones verde y rojo de mi prensa, y treinta y cinco años que bebo jarras enteras de cerveza, no para emborracharme, los borrachos me horrorizan, sino para poder reflexionar

mejor, para penetrar hasta el corazón mismo de los textos, porque no leo para divertirme, ni para pasar el rato, ni para conciliar el sueño; yo, que vivo en un país donde la gente sabe leer y escribir desde quince generaciones atrás, bebo para que el texto me despierte, para que la lectura me produzca escalofríos, y es que comparto la opinión de Hegel de que una persona noble no es necesariamente un aristócrata, ni un criminal un asesino. Si supiera escribir, haría un libro sobre la mayor suerte y la mayor desgracia de los hombres. Los libros me han enseñado, y de ellos he aprendido que el cielo no es humano en absoluto y que un hombre que piensa tampoco lo es, no porque no quiera sino porque va contra el sentido común. Bajo mis manos y en mi prensa expiran libros preciosos y yo no puedo detener ese flujo. No soy sino un tierno carnicero. Los libros me han enseñado el placer y la voluptuosidad de la devastación, soy feliz cuando diluvia, me encantan los equipos de demolición, paso horas y horas de pie mirando cómo los dinamiteros hacen saltar por los aires manzanas enteras, calles enteras, como si hinchasen neumáticos gigantes, devoro con los ojos el primer segundo, cuando se levantan los ladrillos y las piedras y las vigas y un momento después las casas caen suavemente como vestidos desabrochados que se deslizasen por el cuerpo, como un transatlántico que se sumergiese en el mar tras la explosión de las calderas. Me quedo inmerso en una nube de polvo y en la música del crujido y pienso en mi trabajo y en el hondo subsuelo donde se halla mi prensa con la que llevo trabajando treinta y cinco años, a la luz de las bombillas eléctricas y oyendo el pisoteo en el patio por encima de mi cabeza, el ruido de los cuernos de la abundancia que vierten sus tesoros desde el cielo, el contenido de sacos y cajas de madera y de cartón, vaciado a través de un agujero en medio del patio que da a mi subsuelo, papel viejo, flores marchitas de las floristerías, papel de empaquetar de los grandes almacenes, programas viejos y billetes y envoltorios de helados, grandes hojas manchadas de pintura, montones de papel chorreando sangre de las carnicerías, recortes de película de los laboratorios fotográficos, el contenido de las papeleras de los despachos, mezclado con cintas usadas de máquinas de escribir, ramos de flores que celebraron el cumpleaños o la onomástica, a veces una bala de periódicos con un adoquín en el interior, que alguien habrá metido allí para que el papel pesara más, o cuchillos y tijeras, martillos y alicates, tajaderas de carnicero y tazas con manchas negras de café seco, mustios ramos de novia y coronas fúnebres de plástico de colorines. Hace treinta y cinco años que aplasto todas esas cosas en una prensa, tres veces por semana los camiones se llevan mis balas a la estación, las meten en los vagones y se las llevan a las fábricas de papel donde los obreros cortan los alambres que las atan y sumergen el resultado de mi trabajo en álcalis y ácidos, suficientemente fuertes para disolver incluso las hojas de afeitador que cada dos por tres me cortan las manos. Pero, al igual que en las aguas sucias y turbias de un río en el desagüe de una fábrica, resplandece de vez en cuando un pez magnífico, en el río de papel viejo también brilla a veces el lomo de un libro precioso; deslumbrado, miro un rato hacia otra parte antes de cogerlo, lo seco con el delantal, lo abro y huelo el texto, y sólo después fijo los ojos en la primera frase y la leo como si fuera una predicción homérica; entonces guardo el libro entre otros bellos hallazgos en una caja tapizada de estampas que alguien volcó en mi sótano por equivocación junto con varios libros de oraciones. Mi misa, mi ritual consiste no sólo en leer estos libros, sino en meter alguno en cada paquete que preparo, y es que tengo la necesidad de embellecer cada paquete, de darle mi carácter, mi firma. Éste es mi calvario: para que cada paquete sea diferente, debo prolongar mi jornada laboral, acabar dos horas más tarde y llegar al trabajo dos horas antes, trabajar a veces incluso los sábados para poder liquidar el inacabable montón de papel viejo. El mes pasado tiraron a mi subterráneo seiscientos kilos de reproducciones de maestros célebres, seiscientos kilos empapados de Rembrandt y Hals, de Monet y Manet, de Klimt y Cézanne, y demás campeones de la pintura europea, de modo que ahora embellezco cada una de mis balas con reproducciones y, al anochecer, mientras mis balas esperan en fila india delante

del montacargas, me deleito contemplando aquella belleza, aquellos paquetes adornados con Ronda de noche, Saskia, El desayuno sobre la hierba, La casa del colgado o el Guernica. Y sólo yo sé que en el corazón de cada paquete descansa, abierto, aquí Fausto, allí Don Carlos, aquí, entre cartones sangrientos, Hyperion, allí, en una bala llena de sacos de cemento, Así habló Zaratustra. Sólo yo sé cuál de esos paquetes sirve de sepulcro a Goethe y a Schiller, cuál a Hölderlin y a Nietzsche. Yo soy al mismo tiempo el artista y el único espectador, y por eso cada día termino rendido y muerto de cansancio, agotado y trastornado y, para moderar y disminuir ese terrible desgaste de mí mismo, me tomo una jarra de cerveza tras otra y por el camino hacia la taberna Husensky tengo tiempo suficiente para meditar y soñar con el aspecto, con la belleza de mi próxima bala de papel. Esas cantidades de cerveza las bebo para ver mejor lo que ha de venir, porque con cada bala doy sepultura a una preciosa reliquia, al ataúd de un niño cubierto de flores marchitas, con orla de aluminio y cabello de ángel; preparo un nido pequeño y acogedor para los libros que han aparecido en mi cueva de forma tan insólita como yo mismo. Por eso no tengo nunca el trabajo terminado, por eso el papel viejo se amontona en el patio hasta el techo, por eso se alza desde mi sótano hasta el techo del patio. Por eso el jefe a veces pincha aquella papelería con un garfio y me chilla a través del agujero, con la cara morada de rabia... Eh, Hañ't'a, ¿qué haces? ¡Por Dios, deja los libros y date prisa! ¡El patio está lleno a rebosar hasta el techo y tú estás en la luna, vago! Y yo, al pie de la montaña, me encojo como Adán entre los matorrales, con un libro en la mano abro mis atemorizados ojos a un mundo extraño, distinto de aquel en el que me hallaba hace apenas un instante porque yo, cuando me sumerjo en la lectura, estoy en otra parte, dentro del texto, me despierto sorprendido y reconozco con culpa que efectivamente vuelvo de un sueño, del más bello de los mundos, del corazón mismo de la verdad. Diez veces al día me maravilla haberme alejado tanto de mí mismo. Así, extranjero y ajeno, cada anochecer me dirijo a mi casa, en silencio voy por las calles inmerso en una profunda meditación, paso de largo tranvías y coches y peatones, perdido en una nube de libros que acabo de encontrar en mi trabajo y que me llevo a casa en la cartera, así, soñando, cruzo en verde sin percatarme de ello, sin topar con los postes ni con la gente, camino, apestando a cerveza y a suciedad, pero sonrío porque tengo la cartera llena de libros de los cuales espero que por la noche me expliquen algo sobre mí mismo, algo que todavía desconozco. Camino entre el bullicio de la calle sin cruzar en rojo, yo puedo andar sin ser consciente, medio adormilado, en el umbral de la conciencia, en una especie de inspiración subterránea, la imagen de cada una de las balas que he comprimido ese día se va apagando suavemente, tiernamente, dentro de mí, tengo la sensación física de ser, yo también, un paquete de libros prensados, de que en mi interior arde una pequeña llama como la de un calentador o de una nevera de gas, una lucecita que nunca se apaga, un fuego que alimento diariamente con el aceite de los pensamientos, de las ideas que a pesar de mí mismo leo en los libros mientras trabajo y que ahora me llevo a casa en la cartera. Ando como una casa en llamas, como una granja ardiendo, la luz de la vida se alza del fuego y el fuego surge de la madera que muere, el hostil desconsuelo resta en el corazón de las cenizas y yo hace treinta y cinco años que preno papel viejo, quedan cinco años para que me jubile, mi máquina se jubilará conmigo, no la abandonaré, estoy ahorrando, he abierto una libreta de ahorros para poder jubilarme con ella, para comprarla a la empresa, para llevármela a casa, colocarla en el jardín de mi tío, entre los árboles; entonces, allí en el jardín cada día haré una bala, una sola, pero ¡qué bala!, una bala elevada al cuadrado, una bala como una escultura, una obra de arte, depositare en ella todas mis ilusiones de juventud, todo lo que sé, todo lo que he aprendido a lo largo de estos treinta y cinco años de trabajo, haré mi obra maestra una vez jubilado, sólo trabajaré en los momentos de inspiración, un solo paquete al día de las tres toneladas de libros que tengo en casa, será un paquete del que nunca habré de avergonzarme, un paquete soñado, premeditado; y también, junto con los libros,

echaré en la prensa serpentina y confeti, será la creación de la belleza, cada día un paquete nuevo y al cabo de un año organizaré en ese mismo jardín una exposición de paquetes en la cual, bajo mi vigilancia, cada visitante podrá crear su propia bala: al pulsar el botón verde, cuando el cilindro de la prensa avanza para aplastar con una fuerza increíble el papel viejo adornado con libros y flores y residuos que cada cual habrá traído consigo, el espectador sensible experimentará la sensación de ser él mismo quien es comprimido en mi prensa mecánica. Finalmente llego a la penumbra de mi casa, me siento en una banqueta, la cabeza se me cae y acabo dormitando con los labios húmedos sobre las rodillas. A veces me quedo dormido, encogido de ese modo, hasta medianoche y, al despertarme, levanto la cabeza y me doy cuenta de que tengo el pantalón empapado en la rodilla, es la saliva de haber dormido acurrucado como un gatito en invierno, como la madera de un balancín, y es que yo puedo permitirme el lujo de abandonarme porque nunca estoy abandonado, estoy solo para poder vivir en una soledad poblada de pensamientos, porque yo soy un poco el Don Quijote del infinito y de la eternidad, y el Infinito y la Eternidad sienten predilección por la gente como yo.

2

Hace treinta y cinco años que preno papel viejo y durante todo este tiempo han echado a mi sótano tantos libros exquisitos que, si tuviese tres granjas, las llenaría todas con ellos. Al terminarse la segunda guerra mundial, alguien volcó a los pies de mi prensa un cesto lleno de libros; cuando me repuse, abrí una de aquellas joyas: llevaba el sello de la Biblioteca Real de Prusia; y cuando al día siguiente en mi subsuelo no paraban de caer libros de valor, encuadernados en piel y con el lomo y el título estampados en oro que brillaba en el aire mientras caían, eché a correr por la escalera arriba donde vi dos chicos; pinchándoles un poco les hice cantar que cerca de Strašecí, entre la paja de una granja, había tantos libros que a uno le parecía ver visiones. Fui a ver al bibliotecario del ejército, juntos nos dirigimos a Strašecí y allí, en medio de los campos, encontramos no una sino tres granjas repletas de libros de la Biblioteca Real de Prusia; pasada la primera euforia, discutimos el asunto y después durante todo el día una caravana de coches militares se llevaron aquellos libros a Praga, a una sección del Ministerio de Asuntos Exteriores para, cuando los tiempos fuesen menos agitados, poder devolverlos a su lugar de origen; pero alguien debió delatar aquel escondrijo, la Biblioteca Real de Prusia fue declarada botín de guerra y los camiones llevaron aquellos libros encuadernados en piel y con lomo y título dorados a la estación del ferrocarril, una vez allí, los libros fueron cargados en vagones abiertos, empezó a caer un chaparrón que se transformó en un diluvio y los vagones cargados de libros se quedaron al aire libre; llovió a cántaros toda una semana, y cuando el último camión trajo los últimos libros, a pesar del diluvio, el tren se puso en marcha y de los vagones abiertos goteaba agua dorada mezclada con hollín y tinta de imprenta; yo, apoyado en un farol, no podía creer lo que veía, cuando el último vagón desapareció en medio de la tromba de agua, la lluvia se mezclaba sobre mis mejillas con las lágrimas y cuando salí de la estación, al ver a un policía uniformado, le alargué las manos cruzadas suplicándole sinceramente que me pusiera las esposas, las manillas, los grilletes, como dicen en mi barrio de Liben, que me detuviese porque acababa de cometer un crimen, un crimen contra la humanidad. En la comisaría se dieron una panzada de reír y al final me amenazaron con meterme en la cárcel. Pero con los años me acabé acostumbrando, cargaba bibliotecas enteras de libros que no tenían

precio, encuadernados en piel y en marroquí, provenientes de castillos y palacios, llenaba con ellos vagones enteros y cuando tenía treinta vagones cargados, el tren se llevaba aquellos tesoros hacia Suiza y hacia Austria, a corona el kilo, y a nadie le parecía extraño, nadie lloraba, yo tampoco, me limitaba a acompañar el último vagón con la mirada, sonriendo, el último vagón del tren que llevaba magníficas bibliotecas a Suiza y Austria, a corona el kilo. Empecé a encontrar en mí la fuerza necesaria para afrontar la desgracia con sangre fría, para disimular mi emoción, empecé a darme cuenta de que la devastación y la catástrofe son un espectáculo de una belleza exquisita, cargaba más y más vagones y más y más trenes que salían de la estación en dirección a occidente, a corona el kilo; apoyado en un poste seguía con la mirada el farolillo rojo que colgaba del último vagón, y me parecía a Leonardo da Vinci que, apoyado en una columna, miraba cómo los soldados franceses elegían su estatua ecuestre como blanco de sus disparos y la destruían y desmenuzaban, y, como yo ahora, también Leonardo se quedó observando atentamente y con satisfacción aquel espectáculo espantoso, y es que Leonardo sabía, ya en aquellos tiempos, que el cielo no es humano y que el hombre que piensa tampoco lo es. Fue en aquella época cuando me comunicaron que mi madre estaba gravemente enferma, de modo que monté en mi bicicleta y me dirigí a casa; tenía sed y bajé corriendo a la bodega para beber leche cuajada fresca; tomé el recipiente frío del suelo húmedo y agarrándolo con las dos manos, bebía ávidamente, cuando de golpe vi delante de mis ojos otros dos ojos que flotaban en la superficie, pero tenía tanta sed que continué bebiendo hasta que aquellos ojos se acercaron peligrosamente a los míos, parecían los dos faros de una locomotora que sale de un túnel de noche, luego los dos ojos desaparecieron justo en el momento en que algo vivo se me metió en la boca, y tirando por una de sus patas saqué una rana que se agitaba, la tiré al jardín y después volví a la bodega para acabarme la leche tranquilamente, como Leonardo da Vinci. Cuando murió mi madre, lloré por dentro, pero por fuera tenía los ojos secos. Al salir del crematorio vi que el humo trepaba por la chimenea hacia el firmamento, era mi madre que subía al cielo, y yo, que ya hacía diez años que trabajaba en mi cueva con papel viejo, bajé a la cueva del crematorio y me presenté diciendo que yo hacía aquel mismo trabajo, sólo que en vez de cadáveres humanos liquidaba cadáveres de libros, me quedé allí hasta que se acabó la ceremonia, vi cómo quemaban cuatro cadáveres al mismo tiempo, mi madre era la tercera, sin parpadear miraba de hito en hito el último elemento humano, a un empleado que separaba los huesos de las cenizas y los molía en un molinillo manual, así trituró también a mi madre, luego depositó los últimos restos suyos en una lata y yo sólo miraba, con los ojos fuera de las órbitas, como cuando veía alejarse los trenes que llevaban espléndidas bibliotecas hacia Suiza y Austria, a corona el kilo. Me venían a la memoria fragmentos de poemas de Sandburg que dicen algo así como que del hombre, al final, apenas queda nada más que el fósforo suficiente para una caja de cerillas, y el hierro suficiente para forjar un clavo donde colgarse. Al cabo de un mes recibí la urna con las cenizas de mi madre, la llevé a casa de mi tío y al entrar en su jardín, él exclamó a grito pelado... Hermanita mía, ¡ayayay!, qué manera de volver... Le pasé la urna y mi tío la sopesó... No es que haga mucho bulto, la pobrecita, ella que en vida pesaba setenta y cinco kilos... Después de pesar la urna en una balanza se sentó para hacer los cálculos y llegó a la conclusión de que faltaban cincuenta gramos de mi madre. Y colocó la urna en lo alto del armario; un día de verano, mientras binaba los nabos, se le pasó por la cabeza que a su hermana, a mi madre, le encantaban los nabos, de modo que cogió la urna, la abrió con un abrelatas y esparció las cenizas de mi madre sobre los nabos que más tarde nos zampamos. En aquella época, cada vez que la prensa tintineaba ¡riiing! y con la fuerza de veinte atmósferas aplastaba montañas de libros valiosos, no podía dejar de oír el crujido de los huesos humanos cuando son machacados, como si en el molinillo manual de mi prensa fueran triturados los cráneos y los huesos de los clásicos, como dice la frase del Talmud... Somos como aceitunas, cuando nos

chafan sacamos nuestro mejor jugo. Una vez prensados, ato cada bala con alambres, los libros prensados se esfuerzan en romper sus cadenas, pero los alambres son más fuertes, cada paquete me recuerda uno de aquellos forzudos de feria: venga llenarse los pulmones de aire y más aire, hasta que al final la cadena se rompe: pero mi bala está firmemente abrazada por los alambres, todo en ella está en calma, como en la urna de las cenizas, y yo la llevo junto a sus hermanas vencidas, y le doy la vuelta para devorar con los ojos las reproducciones que la adornan. Esta semana descubrí un centenar de cuadros de Rembrandt van Rijn, cien reproducciones del retrato del viejo artista de cara esponjosa, la imagen de un hombre a quien el arte y la ebriedad llevaron hasta el umbral mismo de la eternidad, y veo que el pomo gira y que, al otro lado, un desconocido abre esa última puerta. También mi rostro ha ido adquiriendo ese aspecto de hojalde enmohecido, de pared húmeda y mellada, la misma sonrisa necia, y es que yo también he empezado a mirar el mundo y los acontecimientos humanos desde el otro lado. Hoy, pues, cada bala está adornada con el retrato del anciano Rembrandt van Rijn; lleno las fauces de mi máquina con papel viejo y con libros abiertos, hoy por primera vez me he dado cuenta de que ya no hago caso de los ratoncitos que tiro a la máquina, nidos enteros, familias enteras de ratoncitos que preseno, ratoncitos ciegos protegidos por su madre que salta dentro de la prensa para acompañar a sus pequeños, que se queda allí y comparte el destino del papel viejo y de los clásicos. Nadie creería cuántos ratoncitos hay en un sótano, tal vez doscientos, tal vez quinientos, son unos bichitos amistosos y casi ciegos que tienen una cosa en común conmigo: se alimentan de letras, preferentemente de Goethe y de Schiller encuadrados en marroquí. Mi subsuelo está siempre lleno de criaturas que guiñan el ojo y que roen libros, juguetonas como gatitos: trepan sobre la máquina y se persiguen y, cuando pulso el botón verde y el cilindro las arrastra irremediabilmente hacia un callejón sin salida, cuando sus chillidos se van apagando, sus hermanos se ponen serios de golpe, se incorporan sobre sus patitas traseras y aguzan el oído: ¡qué ruido más extraño!; pero los ratoncitos pierden la memoria tan pronto ha transcurrido el instante presente, y en seguida vuelven a jugar, ansiosos de roer más y más páginas de libros, cuanto más antiguos más sabrosos, como un queso curado en su punto o un vino rancio. Mi vida va ligada a esos ratoncitos; cada atardecer rocío todo el papelorio, con diligencia convierto mi sótano en una piscina, de modo que los ratoncitos quedan completamente empapados, y por más fuerte que sea el chorro de agua, continúan tan campantes y viva la Virgen, todo el día esperan con ilusión aquel baño tras el cual los veo lamiéndose y calentándose en sus pequeños escondrijos de papel. A veces los ratoncitos hacen de las suyas; sucede cuando salgo para ir a la cervecería, completamente perdido en mis pensamientos, incluso ante la barra de la cervecería sigo en la luna: y he aquí que a la hora de pagar, cuando con aire ausente desabrocho mi abrigo, de repente salta un ratoncito sobre la barra, o un par de ellos salen corriendo de mi pantalón; entonces es como si las camareras se volviesen locas, saltan encima de las sillas, se tapan los oídos y chillan con las caras vueltas hacia el techo como lunáticas. Yo me limito a sonreír y a hacer un gesto con la mano como si quisiera decir que no hay para tanto y me voy, soñando con la imagen de mi próxima bala. Hace treinta y cinco años que hago paquetes de vieja papelería, tachando los años, los meses y los días que faltan para que me jubile, para que nos jubilemos mi prensa y yo, cada anochecer me traigo libros en la cartera, y mi piso, en una segunda planta, en un barrio de las afueras de Praga, está lleno a reventar de libros y más libros, el sótano y el cobertizo se han quedado pequeños, he llenado la cocina, la despensa e incluso el water, únicamente he dejado caminos libres hacia la ventana y hacia la estufa, en el water apenas me queda el espacio justo para poder sentarme, porque encima de la taza, a un metro y medio de altura, ya empiezan las estanterías llenas de libros, que llegan hasta el techo, quinientos kilos de libros, bastaría un gesto imprudente a la hora de sentarme para que media tonelada de libros se deslizase, se derrumbase y me aplastase

con el pantalón en los tobillos. En el water no cabe ni un libro más, y por eso hice colocar más estanterías entre las dos camas que hay en la habitación; así he creado una especie de baldaquín, de dosel para la cama, y encima de ella, hasta el techo, se erigen cantidades enormes de libros, dos toneladas de libros que he ido amontonado allí durante estos treinta y cinco años y, cuando duermo, las dos toneladas de libros pesan sobre mis sueños como una inmensa pesadilla; a veces cuando me giro imprudentemente o grito en sueños y hago un movimiento brusco, me asusto y con horror presto oídos para saber si los libros se están desmoronando, tengo la impresión de que basta un leve roce de mi rodilla o un grito para que se precipite sobre mí, como un alud, toda aquella montaña que hay encima del baldaquín, para que sobre mí se vierta aquel cuerno de la abundancia repleto de libros y me aplaste como a una chinche; algunas veces pienso que los libros conspiran contra mí, que me preparan un justo castigo por pensar diariamente centenares de ratoncitos inocentes; quien mal anda mal acaba. Estoy echado de cara arriba bajo el baldaquín que soporta centenares de kilómetros de texto, he bebido cerveza y estoy en las Batuecas, recuerdo con horror algunas cosas terriblemente desagradables, como por ejemplo lo que le ocurrió a nuestro guardabosques, que pescó una marta en la manga vuelta del revés, y en vez de matarla sin más y con toda justicia, por haberse comido los pollos, cogió un clavo, lo clavó en la cabeza de la bestezuela y la soltó y la marta gemía y corrió por el patio hasta morir, y, justo al cabo de un año, una descarga eléctrica mató al hijo del guardabosque, que trabajaba con una mezcladora de hormigón; ayer me calenté los cascos con la historia de aquel cazador que delante de nuestra puerta tropezó con un erizo acurrucado y, para no gastar balas, hundió el extremo afilado de su bastón en la panza del animalillo; a partir de aquel día se hartó de liquidar erizos de ese modo hasta que un buen día cogió un cáncer de hígado y estuvo agonizando durante tres meses; un tumor en el vientre y el horror en la cabeza... Estas imágenes me ponen los pelos de punta, y pensar que los libros encima de mí confabulan su venganza me pone la carne de gallina, así que prefiero dormir sobre una banqueta junto a la ventana, asustado por la visión de los libros que primero me chafarían en la cama y luego, agujereando el suelo, traspasarían el piso para hundirse en la planta baja y en el sótano, como un ascensor. Y me doy cuenta de que no hay forma de eludir el destino: si en el trabajo, a través del agujero del techo, caen sobre mí no sólo libros sino también botellas y tinteros y grapadoras, en casa son los libros encima de mi cabeza los que me muestran sus colmillos, los que me amenazan con matarme o, en el mejor de los casos, con herirme de gravedad. De esa manera vivo, con la espada de Damocles que yo mismo he atado al techo de mi dormitorio y del water y que me obliga, tanto en el trabajo como en casa, a beber cerveza, mi única defensa contra ese dulce descalabro. Una vez por semana voy a ver a mi tío: en su jardín busco un rincón apropiado para mi prensa, para cuando nos jubilemos juntos, ella y yo. La idea de ahorrar dinero para poder jubilarnos juntos no es mía. Se le ocurrió a mi tío, que durante cuarenta años trabajó de ferroviario, subiendo y bajando las barreras y encargándose de las agujas, durante cuarenta años el trabajo fue su único placer y su única ilusión, como lo es para mí, y cuando se jubiló, empezó a sentir añoranza de su trabajo, hasta que compró el cambio de agujas de una vieja estación fronteriza fuera de uso, construyó una garita en el jardín y allí lo colocó, sus compañeros maquinistas le compraron en la chatarra una pequeña locomotora que había servido para arrastrar vagones cargados de minerales de los altos hornos, una pequeña locomotora Ohrenstein y Koppel con los raíles y tres vagonetas, en el jardín, entre los viejos árboles, construyeron un circuito, cada sábado y domingo ponían en marcha la locomotora y se pasaban todo el día dando vueltas, por la tarde llegaban los niños y al atardecer bebían cerveza y cantaban, y bebidos subían ellos mismos en la locomotora y las vagonetas para dar vueltas y más vueltas, la locomotora llena de personas parecía la estatua del dios del Nilo, la escultura de Adonis desnudo sembrada de hombrecillos... Un día, pues, fui a visitar a mi tío para escoger un

rincón de su jardín donde instalar mi prensa. Anochece, la pequeña locomotora corría con los faros encendidos, se abría paso entre los viejos frutales, mi tío estaba sentado en la garita y se ocupaba de cambiar las agujas, del entusiasmo y la cerveza se le encandilaban los ojos como a la locomotora Ohrenstein y Koppel, de vez en cuando brillaba alguna jarra de hojalata mientras yo paseaba en medio de la algazara y la bulla que metían los niños y los jubilados, nadie me invitaba a pasar, nadie me ofrecía una jarra de cerveza, todo el mundo estaba ocupado con su juego que no era sino la continuación del trabajo que les había encantado hacer toda la vida y yo deambulaba, como Caín, marcado con la señal en la frente; al cabo de una hora pensé que era mejor coger el portante, me volví para ver si finalmente alguien me invitaba a pasar, pero no, nadie me invitó a nada; una vez fuera me volví una vez más y a la luz de los faroles y del cambio de agujas iluminado vi la olla de grillos que formaban los jubilados y los chiquillos, el silbido de la locomotora invitando a dar otra vuelta en las vagonetas que rechinaban, como un organillo que repite siempre la misma melodía, una melodía tan bonita que nadie desea jamás escuchar ninguna otra. De pie delante del portal, de repente me di cuenta de que a pesar de la distancia y la oscuridad, mi tío no me había perdido de vista, que durante todo el tiempo que pasé errando entre los árboles ni por un momento dejó de seguirme con la mirada, apartó la mano del cambio de agujas y la alzó para hacer un gesto con los dedos, los agitó como si quisiera hacer vibrar el aire y yo le respondí con el mismo movimiento de los dedos, parecía como si nos saludásemos desde dos trenes que se cruzaban. Al llegar a las primeras calles de Praga, me compré una salchicha frita, pero al llevármela a la boca me asusté porque vi que no era necesario levantar la mano para ello, bastaba con inclinar apenas la barbilla y la salchicha tocaba mis labios candentes, y eso que la sostenía a la altura de la cintura... Entonces miré con espanto hacia abajo y ¡qué vi! el otro extremo de la salchicha casi rozaba de mis zapatos... y tomando la salchicha con ambas manos, una por cada extremo, constaté que era normal, que sin duda alguna era yo quien había cambiado, quien se había encogido durante los últimos diez años. Al llegar a casa, aparté los montones de libros del marco de la puerta para buscar en él las señales marcadas con lápiz que indicaban mi talla y el día. Cogí un libro, arrimé la espalda al marco de la puerta, me puse el libro sobre la cabeza y, apartándome de prisa, hice una señal en el marco: a simple vista era evidente que durante los últimos ocho años que no me había medido había encogido un buen trozo: ¡nueve centímetros! Levanté la vista hacia el baldaquín lleno de libros encima de mi cama y comprendí que mi espalda se había empezado a encorvar bajo la carga de dos toneladas de libros que soportaba mi baldaquín

3

Hace treinta y cinco años que presno papel viejo y si tuviera que volver a elegir un trabajo, haría exactamente el mismo que hago ahora. Pero cada tres meses aproximadamente mi trabajo empieza a disgustarme, el sótano me da asco, los sermones y las quejas y las injurias de mi jefe me retumban en los oídos y me abruman hasta el punto de que mi cueva apesta como un infierno, no puedo soportar aquel montón de vieja papelería que crece más y más, desde el fondo del sótano hasta el techo del patio y, por si fuera poco, no está seco sino húmedo y podrido, empieza a fermentar y a esparcir una peste tal que, en comparación, el estiércol exhala un perfume delicioso. Entonces tengo que salir a tomar el aire, tengo que huir de la máquina, pero yo no salgo, después de tanto tiempo ya no soporto el aire fresco, en la calle me ahogo y

toso y gargajeo sin parar como si me tragara el humo de un habano. Mientras mi jefe echa chispas y me amenaza y me implora con las manos juntas, yo salgo de mi subsuelo para dirigirme a otros sótanos. Con lo que disfruto más es visitando a los chicos de las calderas, personas cultas sin excepción, con educación universitaria, atados a su trabajo como un perro a su caseta, que aprovechan los ratos muertos para escribir la historia de su época, basada en investigaciones sociológicas, en su sótano he aprendido que una cuarta parte del mundo, la nuestra, se está despoblando, que hoy en día se obliga a los obreros de los bajos fondos a estudiar una carrera, mientras que a los especialistas con títulos superiores se les condena a ejercer de obreros. Mis mejores amigos son los que limpian las cloacas, dos académicos que aprovechan los conocimientos de su trabajo para escribir un libro sobre las cloacas y las alcantarillas de Praga, ellos me han contado que los excrementos que fluyen hacia las depuradoras de Podbaba son diferentes los domingos y los lunes, que cada día laboral tiene su idiosincrasia, y que estudiando la porquería se puede llegar a establecer un gráfico que define el flujo de los excrementos, y según la cantidad de preservativos se puede precisar en qué barrios de Praga la gente es más activa sexualmente y en cuáles lo es menos, pero lo que más me impresionó de todo eso fue el informe académico sobre la guerra entre las ratas cellardas y las ratas de alcantarilla; se ve que se enfrentaron exactamente como hacen los hombres y el combate acabó con la abrumadora victoria de las ratas de alcantarilla, pero éstas se dividieron en seguida en dos clanes, en dos grupos organizados, de modo que ahora en todas las cloacas del subsuelo de Praga se está llevando a cabo una terrible lucha a muerte, una gran guerra entre dos clanes de ratas de alcantarilla que habrá de decidir cuál de ellos tiene derecho a todos los residuos y a todos los excrementos que fluyen por las alcantarillas hacia Podbaba; he aprendido de mis amigos limpiadores de cloacas universitarios que tan pronto como finalice dicha guerra, la potencia victoriosa se volverá a dividir en dos campos, según las leyes de la dialéctica, al igual que se fraccionan los gases y los metales y todo lo que de vivo hay en el mundo, para seguir el movimiento vital por la vía de la lucha y alcanzar la armonía por medio del equilibrio de contrarios; por eso el mundo en su conjunto nunca anda cojo. Entonces comprendí la exactitud de las palabras de Rimbaud a propósito de que la lucha del espíritu es tan terrible como cualquier guerra, comprendí las consecuencias de la dura frase de Cristo «No he venido a traer la paz sino la espada». En esas visitas a los subsuelos, a las cloacas, a las alcantarillas, a las depuradoras, encuentro siempre la calma; ilustrado a pesar de mí mismo, tiemblo y me quedo boquiabierto cuando Hegel me enseña que la única cosa aterradora es lo fosilizado, rígido y moribundo y, en cambio, la única cosa satisfactoria es cuando un individuo o, mejor dicho, toda la sociedad, consiguen rejuvenecerse en la lucha, conquistar su derecho a una nueva vida. Vuelvo a mi cueva por las calles de Praga con los ojos como rayos X y a través del pavimento transparente veo estados mayores de ratas haciendo maniobrar sus regimientos de guerreros, generales que por radio dan órdenes de reforzar el combate en este o aquel frente, ando y bajo mis zapatos castañetean los dientes puntiagudos de las ratas, camino pensando en la melancolía de este mundo que no se acaba de construir jamás, piso albañales y levanto los ojos llenos de lágrimas para ver lo que no había visto nunca, lo que no había reparado nunca: las fachadas, los portales de las casas de pisos y de los edificios públicos ofrecen un espejo a mis sueños, a los anhelos de Hegel y Goethe, reflejan la Grecia que todos llevamos dentro, la belleza helénica, meta y modelo, veo columnatas dóricas con sus triglifos y sus cornisas, frisos y volutas jónicas, capiteles corintios adornados con hojas de acanto, vestíbulos de templos, cariátides, balaustradas griegas incluso en los techos de las casas pragueñas entre las que camino, vuelvo a encontrar la Grecia antigua en los barrios periféricos de Praga, en las fachadas de las casas comunes y en las puertas y las ventanas adornadas con mujeres y hombres desnudos y hojas y plantas de una flora exótica. Deambulando, recuerdo que un calderero con educación universitaria me ha contado que

Europa oriental no empieza en las puertas de Praga sino allí donde comenzamos a echar en falta las estaciones de tren modernistas de la época del Imperio austro-húngaro, en Galitzia, en el límite extremo de los tímpanos griegos, y me ha dicho que si el espíritu griego pervive aún en Praga, no sólo en las fachadas de las casas sino sobre todo en las mentes de sus habitantes, es gracias a los liceos clásicos que existieron antes de la segunda gran guerra, que nutrieron con Grecia y Roma a millones de cerebros checos. Y mientras en las cloacas de la capital de Bohemia dos clanes de ratas se aniquilan en una guerra aparentemente absurda, en las cuevas trabajan los ángeles caídos, las personas cultas, los vencidos en un combate en el que nunca lucharon, e incluso allí, en esas cavernas, siguen perfeccionando la definición del mundo. Y cuando regreso a mi subterráneo, la bienvenida de mis ratoncitos me hace recordar algo: en el suelo del montacargas hay una tapa que da a las alcantarillas. Bajo y me animo a abrirla para escuchar arrodillado el chapoteo de las aguas, percibo las melodías de los lavabos, la canción de las aguas cubiertas de burbujas de jabón que manan de los lavamanos y de las bañeras, una sinfonía que me recuerda las olas del mar que llegan y se van, pero cuando presto oídos, oigo claramente el alarido de las ratas, el sonido de la carne roída, los aullidos y los gritos de victoria, el chapoteo de los cuerpos que luchan dentro del agua, toda clase de sonidos que provienen de una lejanía indefinible, pero yo ya sé que al abrir la tapa o la reja de cualquier alcantarilla y al bajar al fondo, en todas partes he de oír ese mismo fragor bélico, el último combate de las ratas, la supuesta última guerra que se acaba con grandes aleluyas, la guerra que volverá a iniciarse tan pronto como aparezca un nuevo motivo. Cierro la tapa, enriquecido por un descubrimiento y una vez ante mi prensa pienso en los duros combates de las cloacas, me doy cuenta de que el cielo de las ratas no es humano, en consecuencia yo tampoco soy humano, yo tampoco tengo la posibilidad de ser humano, yo que hace treinta y cinco años que empaqueto papel viejo y de alguna manera me parezco a las ratas, yo que hace treinta y cinco años que vivo exclusivamente en las cuevas y odio bañarme, aunque hay un cuarto de baño aquí mismo, al lado de la oficina del jefe. Si me bañase todo entero, me pondría enfermo; tengo que cuidarme mucho en cuanto a la higiene, ya que trabajo sin guantes, sólo me puedo lavar las manos una vez al día, por la noche, porque si me las lavase más a menudo, se me resquebrajarían los dedos, ya me conozco, así que las escasas veces en que me acomete el anhelo del ideal griego de la belleza, me lavo un pie y a lo mejor incluso el cuello, al cabo de una semana me lavo otro pie y un brazo, y en las fiestas religiosas más importantes me paso agua incluso por el pecho y por las piernas, pero entonces me tomo una aspirina porque ya sé por adelantado que lo pagaré, que cogeré alergia al polen aunque la calle esté cubierta de nieve, sí, me lo conozco de sobra. Así pues, sosegado y tranquilo, trabajo con mi prensa, introduciendo en el corazón de cada bala el libro abierto de un filósofo clásico, y es que me ha serenado pasear por Praga esta mañana, me ha sosegado el hecho de que yo no soy el único, que millares de personas como yo trabajan en la Praga subterránea, en las cuevas y los subsuelos, y miles de ideas vivas y vivificantes me pasan por la cabeza; me he apaciguado tanto que trabajo con mayor afán que ayer, trabajo maquinalmente y eso me permite volver en pensamientos a mi juventud, cuando cada sábado me planchaba los pantalones y me lustraba los zapatos, mimándolos, me limpiaba incluso la suela porque los jóvenes son amantes de la limpieza, se preocupan de la imagen mental que tienen de sí mismos y esta imagen se puede mejorar con unos toques de plancha ardiendo que vuela en el aire hasta hacer saltar chispas; de modo que pongo el pantalón sobre la tabla para repasar la raya quebrada en las rodillas, cubro el pantalón con un trapo que previamente he rociado con agua —la mejor manera de mojar el trapo es escupiendo una bocanada de agua—, entonces plancho con mucho cuidado sobre todo la pierna derecha, que está siempre un poco castigada de tanto arrodillarme sobre ella cuando juego a bolos, y es que cada vez que tengo que tirar la bola, toco el suelo con la rodilla; después, al retirar el trapo humeante, me intranquilizo: qué, ¿cómo me

ha salido la raya? Entonces me lo pongo y, como cada sábado, salgo a la plaza, al llegar al montón de troncos que hay delante de la Fonda del Valle me doy la vuelta y veo a mi madre que, como siempre, me sigue con la vista para comprobar si lo tengo todo bien puesto, si estoy elegante. Anochece, en la sala de baile espero a Maruja: la veo entrar y las largas cintas de colores que le adornan el cabello flotan detrás de ella, los músicos no cesan de tocar y yo venga bailar con Maruja, bailamos y el mundo alrededor nuestro rueda como los caballitos de feria, busco de reojo un lugar entre la muchedumbre adonde volar con Maruja al ritmo de la polca, en el remolino del baile las cintas de Maruja adoptan una posición horizontal, cuando bailo lentamente, caen, y cuando vuelvo a dispararme a toda marcha, flotan de nuevo en el aire, de vez en cuando tocan mis dedos, que abrazan la mano de Maruja con su pañuelito blanco bordado, por primera vez le digo a Maruja que la quiero, ella me susurra al oído que me quiere desde que íbamos al colegio, se aprieta contra mí, me abraza fuerte, nos sentimos tan cerca el uno del otro como no lo hemos sentido nunca, Maruja me pide que baile con ella cuando sea el turno de las señoritas y yo exclamo ¡Sí!, pero tan pronto como empieza el turno de las señoritas, Maruja palidece y me dice que vuelve en seguida, que es sólo un momentito. Vuelve con las manos frías y continuamos bailando con un buen arranque para que todo el mundo vea que somos bailarines de primera y que formamos una pareja estupenda, y cuando la polca llega a su punto más vertiginoso y las cintas de la trenza color de paja de Maruja flotan en el aire, veo sorprendido que todo el mundo deja de bailar, se apartan de nosotros con asco, nos rodean formando un círculo, pero no es la admiración sino algo terrible lo que les ha centrifugado allí, ni yo ni Maruja acertamos a saber de qué se trata pero ya llega su madre, rápidamente coge a Maruja de la mano y aterrada se la lleva fuera de la sala. Nunca más puso los pies allí, ni yo volví a ver a Maruja, hasta al cabo de unos años, y desde entonces la gente se refiere a ella como Mari la cagona; lo que pasó es que Maruja, de tan emocionada como estaba del turno de las señoritas y de tanto como la conmovieron mis palabras de amor, se retiró un rato a la letrina de la fonda donde la pirámide de excrementos llegaba casi hasta el agujero, de modo que se manchó sus cintas multicolores; de vuelta a la sala iluminada, en el remolino del baile, sus cintas salpicaron y embadurnaron a todos los que bailaban cerca de ella... Prenso papel viejo, el botón verde hace que el cilindro se desplace hacia aquel rojo hacia allá, aquí, allá, va y viene, ése es el movimiento fundamental del mundo, como los pistones helicoidales, como un círculo que no tiene más remedio que volver al punto de partida. Sin poder retener la gloria, Maruja tuvo que soportar la vergüenza que no había causado, y es que lo que le había pasado era humano, Goethe se lo habría perdonado a su Ulrike, Schelling a su Carolina, sólo Leibniz seguramente no habría indultado el episodio de las cintas a su amante real Carlota Sofía, ni el sensible Hölderlin a la señora Gontard... Cinco años más tarde fui en busca de Maruja —por culpa de las cintas manchadas, toda su familia se marchó lejos, muy lejos, a Moravia—, le pedí disculpas —yo siempre me siento culpable de todo, de todas las cosas que pasan y de todas las desgracias que leo en los periódicos—, Maruja me perdonó, yo la invité a salir conmigo de excursión porque acababa de ganar cinco mil coronas en la lotería y a mí el dinero no me gusta, y por no verme obligado a liarme con libretas de ahorro, lo quería perder de vista cuanto antes. Maruja y yo nos fuimos a la montaña, al Hotel Renner del Monte Dorado, elegí un hotel de los más caros para poder deshacerme de prisa del dinero y de las preocupaciones, todos los hombres me envidiaban por estar con Maruja, cada noche competían para ver quién me la podía quitar, quien más suspiraba por ella era el industrial Jína, yo era feliz porque el dinero se iba disipando, teníamos todo lo que se nos pasaba por la cabeza, Maruja esquiaba cada día, estábamos a últimos de febrero, el sol era fuerte y Maruja tenía la cara morena, como todos los demás esquiaba por las pendientes relumbrantes en camisa sin mangas y escotada, siempre rodeada de un enjambre de señores, mientras yo estaba sentado en la hamaca sorbiendo mi coñac, y

siempre antes de comer la terraza de delante del hotel se llenaba de esquiadores, los señores tomaban el sol, había cincuenta hamacas y sillas y treinta mesitas donde se servían licores y aperitivos tonificantes, Maruja aprovechaba para esquiar hasta el último momento, no llegaba al hotel hasta la hora de comer. Y el último día, no, el penúltimo, el quinto, cuando ya sólo me quedaban quinientas coronas, estaba sentado entre los clientes del hotel y veo a Maruja que baja esquiando la pendiente del Monte Dorado, morena y bellísima; con el industrial Jína brindamos por mis cuatro mil coronas dilapidadas en cuatro días; Jína cree que yo también soy dueño de una fábrica; entonces veo que Maruja se esconde tras un pequeño grupo de pinos y abetos, pero al cabo de un ratito sale y rápidamente se desliza hacia el hotel, pasa delante de la larga fila de clientes del hotel para buscar un asiento, pero con ese sol espléndido todas las hamacas están ocupadas y los camareros tienen que sacar sillas de dentro; mi Maruja pasa delante de todo el mundo, igual que cada día desfila delante de las filas de esquiadores tumbados al sol; es verdad, el señor Jína tiene toda la razón, hoy Maruja está como un tren, como para comérsela a besos, ¿pero qué ocurre?, justo ahora acaba de pasar por delante de los primeros amantes del sol, pero las mujeres se giran, la miran riendo a mandíbula batiente, sí, las mujeres se retuercen y se mueren de risa, mientras que los hombres se desploman en las hamacas tapándose las caras con el periódico, prefieren fingir un desvanecimiento o estar deslumbrados por el sol, y cuando Maruja pasa por mi lado, veo que en uno de sus esquís, detrás de la bota, hay una enorme cagada, una cagada monumental, como un pisapapeles, como dice Jaroslav Vrchlický en un bello poema; entonces me di cuenta de que aquél era el segundo capítulo de la vida de mi Maruja, a quien le había sido predestinado sostener la deshonra sin conocer nunca la gloria. Y el industrial Jína, al ver sobre el esquí el resultado de la necesidad que Maruja había hecho al amparo de un árbol al pie del Monte Dorado, perdió el conocimiento, y todavía por la tarde parecía más bien desvalido, mientras el rubor se dibujaba por toda la cara de Maruja, hasta las raíces del cabello... El cielo no es humano y el hombre que piensa tampoco lo es, no puede serlo de ninguna manera, y yo preno un paquete tras otro, en el corazón de cada uno pongo un libro abierto por la página donde el texto es más bonito, trabajo con una prensa pero mis pensamientos están con Maruja, con quien aquella noche derrochamos el último dinero en champán, pero ni el champán ni el coñac fueron capaces de transformarla ni de convertir aquel momento en que, esplendorosa, se presentó en sociedad con la cagada sobre el esquí, en una imagen que, deslizándose sobre los esquís, se alejase de ella. Y después de haber pasado toda la noche suplicándole que me disculpase por lo ocurrido, al día siguiente por la mañana se marchó del Hotel Renner sin haberme perdonado, orgullosa y altiva, cumpliendo así las palabras de Lao-Tse... Conocer la propia deshonra y sostener la propia gloria: un ser así es un ejemplo para el mundo... Abro El libro canónico de las virtudes, encuentro la página correspondiente y como un sacerdote coloco el libro abierto sobre el altar de los sacrificios, en el corazón mismo de la máquina, entre papeles sucios de panadería y sacos de cemento. Pulso el botón verde, toda aquella porquería se pone en movimiento y yo me quedo contemplando las mandíbulas de mi prensa que se juntan como manos en una oración desesperada; por una lejana asociación de ideas, el hecho de pensar El libro canónico de las virtudes me ha recordado un pedazo de la vida de Maruja, la belleza de mi juventud. Como música de fondo, en los abismos de las alcantarillas resuenan las aguas residuales en las que dos clanes de ratas luchan a muerte. ¡Qué día más espléndido, el de hoy!

Una tarde trajeron del matadero un camión lleno de papeles y cartones manchados de sangre, cajas abarrotadas de papel, que exhalaba un olor empalagoso que me daba náuseas, y quedé que parecía el delantal de un carnicero. Para vengarme introduje en la primera bala bien abierto El elogio de la locura de Erasmo de Rotterdam, en la segunda Don Carlos de Schiller y en la tercera, para que la palabra se hiciera carne sangrienta, Ecce Homo de Nietzsche. Aquella tarde me vi condenado a trabajar en medio de un enjambre de moscas grandes, terribles, repugnantes, regalo de los carniceros, que volaban zumbando furiosamente y me golpeaban la cara como una lluvia de granizo. Cuando me tomaba la cuarta jarra de cerveza, apareció a mi lado un joven inefable y yo supe inmediatamente que era Jesucristo en persona. A su lado había un anciano con la cara rugosa y también le reconocí: sólo podía ser Lao-Tse. Estaban de pie, quietos, uno al lado del otro, para que yo pudiera comparar el anciano con el joven, y a su alrededor volaban millares de moscas verdosas que atravesaban el aire dibujando miles de líneas curvadas, volaban enloquecidas de aquí para allá, al sonido metálico de sus cuerpos y de sus alas tejían un gran cuadro vivo de curvas móviles, manchas y motas que hacían pensar en las inmensas pinturas de Jackson Pollock. Aquellas dos figuras no me sorprendieron en absoluto porque mis abuelos y bisabuelos, a quienes también les gustaba empinar el codo, a veces tenían visiones, se les aparecían seres salidos de los cuentos de hadas: mi abuelo vagabundo tropezaba con ninfas de agua, su padre, en el patio de la cervecería de Litovel, veía duendes y genios y hadas; en cambio yo, que soy culto a pesar de mí mismo, echado en la cama debajo del baldaquín de dos toneladas, veo Schelling y Hegel nacidos el mismo día y el mismo año; un día, vino cabalgando hasta mi cama Erasmo de Rotterdam en persona para preguntarme cómo se llegaba al mar. Por eso no puede extrañarme en absoluto que esa tarde viniesen a visitarme a mi sótano dos hombres a los que quiero mucho; cuando los tuve de pie delante de mí, uno al lado del otro, me di cuenta por primera vez de que la edad de cada uno era un factor muy importante para comprender a fondo su pensamiento. Las moscas ejecutaban sus danzas macabras acompañándolas con un zumbido demencial mientras yo, con la bata empapada de sangre, pulsaba ahora el botón verde ahora el rojo, y veía a Jesús que trabajaba al pie de una montaña mientras que Lao-Tse ya había llegado a la cima; veía un joven exaltado que quería cambiar el mundo y un anciano que con resignación paseaba la mirada a su alrededor, tejiendo su eternidad con el retorno al origen. Veía a Jesús que, con sus rezos, conjuraba la realidad para que ocurriese un milagro, mientras Lao-Tse, en el Libro del camino, se aferraba a las leyes de la naturaleza y adquiría con ello la docta ignorancia. Y yo no paraba de cargar a brazadas sangrientas papel impregnado de un rojo vivo, tenía la cara salpicada de sangre y, al pulsar el botón verde, el cilindro de la prensa comprimía, junto con aquel papel repulsivo, las moscas, incapaces de abandonar las últimas migajas de carne, moscas gigantescas, enloquecidas y embriagadas por el tufo de la carne, se agrupaban en enjambres y formaban alrededor del vientre de la prensa densos matorrales de locura, de furia, al igual que los neutrones y los protones se arremolinan en el interior del átomo. Bebía más y más cerveza y no quitaba los ojos del joven Jesús, exaltado en medio de un grupo de chicos elegantes y hermosas chicas, mientras que Lao-Tse, completamente solo, buscaba una tumba digna de él. Y mientras la prensa comprimía el papel sangriento hasta gotear sangre, yo distinguía el éxtasis sublime de Jesucristo y el desinterés y el menosprecio de Lao-Tse, apoyado en mi prensa, inmerso en una profunda melancolía; Jesucristo, desbordante de fe, ordenaba a la montaña que se desplazase, Lao-Tse colgaba encima de mi cueva la red de un intelecto incomprensible; Jesús era una espiral de optimismo, Lao-Tse un círculo sin salida; Jesús se veía involucrado en situaciones dramáticas y conflictivas, Lao-Tse, en su dulce meditación, reflexionaba sobre la imposibilidad de resolver el

problema moral de los contrarios. El botón rojo: el cilindro de la prensa, embadurnado de sangre, volvía y yo venga cargar cajas y más cajas sangrientas, papeles con el hedor de la carne; me quedaba la fuerza justa para hojear el libro de Friedrich Nietzsche, para encontrar las páginas que contaban su amistad cósmica con Richard Wagner, para sumergir el libro en la máquina como quien sumerge a un niño en la bañera y luego, con ambas manos, esparcir la multitud de moscas azules y verdosas que azotaban mi cara sin cesar, como las delgadas ramas de un sauce en un vendaval. En el momento de pulsar el botón verde, a pasitos, bajaron por la escalera las faldas de dos gitanas que de vez en cuando venían a visitarme, como dos visiones; siempre aparecían cuando menos las esperaba, cuando ya las daba por muertas, cuando ya creía que sus amantes las habían degollado; dos gitanas jóvenes que recogían papel viejo, se lo cargaban en hatos enormes a la espalda, como las campesinas que, en otros tiempos, iban con hatos a recoger hierba al bosque, las dos gitanas erraban bamboleándose por las grandes avenidas llenas de animación, obligando a los peatones a apartarse metiéndose en los portales de las casas y las puertas de las tiendas; cuando las dos gitanas entraban en el pasillo de la casa donde trabajo, pasaban tan justo que por allí no pasaba ni una aguja; una vez dentro se desplomaban, boca arriba, sobre las pilas de papel, se aflojaban las correas, se desembarazaban de aquel dogal, de aquel yugo pesado, arrastraban los hatos hasta la balanza, se pasaban la mano por la frente empapada de sudor y vigilaban la aguja que solía señalar treinta, cuarenta, a veces hasta cincuenta kilos de cajas, cartones y toda especie de papelería que las tiendas y los almacenes tiran a la basura. Y cuando sentían añoranza o cuando estaban rendidas —y que conste que aquellas gitanas eran fuertes, vistas de lejos parecía como si no llevaran hatos sino el vagón de un tranvía—, cuando estaban hartas de todo, bajaban a mi madriguera y se tiraban sobre los montones de papel seco, se subían la falda hasta el ombligo, sacaban cigarrillos y cerillas y así, con el vientre desnudo, fumaban, tragándose el humo con la misma avidez que si comieran chocolate. Rebozado de moscas, solté algo que pretendía ser una salutación, la gitana turquesa tenía unas piernas desnudas preciosas y un vientre desnudo precioso, y una bonita mata de pelos le inflamaba el bajo vientre, una mano le servía de almohada, la otra llevaba el cigarrillo a los labios para poder tragarse ávidamente el humo, así solía descansar la gitana turquesa, toda ingenuidad, mientras la otra, la roja, se desplomó como una toalla tirada, sin hacer nada, rendida y exánime. Señalé mi cartera con un gesto; solía traer unas rodanchas de salchichón y un panecillo para merendar, pero los días que bebía me volvía a llevar la merienda a casa porque no tenía ni pizca de hambre, estaba agitado y temblaba de excitación y también estaba un poco borracho de la cerveza de todo el día; las gitanas se levantaron como dos balancines de las pilas de papel, con los cigarrillos en los labios para tener las manos libres, se precipitaron a abrir mi cartera, desenvolvieron el embutido y lo separaron en dos mitades, apagaron los cigarrillos con los tacones, histriónicamente, como si estuvieran chafando la cabeza de una víbora, entonces se sentaron y antes que nada devoraron el salchichón y sólo después atacaron el pan —me encanta contemplarlas cuando comen el pan: no lo muerden sino que lo parten en trocitos, muy serias, llevándose luego los pedazos a la boca—; apoyadas la una en la otra, sacudían la cabeza, como dos caballos condenados a arrastrar el carro hasta el día en que los llevan al matadero; cuando topo por la calle con estas gitanas que, con sus hatos a la espalda, se dirigen a un gran almacén, siempre las veo cogidas por la cintura, fumando y trotando, bamboleándose, como si bailasen una polca. Y no es que la vida de estas gitanas fuese moco de pavo: el papel alimentaba no sólo a sus hijos sino también a su macarra, que cada noche recogía todo su dinero: cuanto más grande era el hato que llevaban, más dinero les sacaba. Su macarra era un gitano muy farolero, llevaba gafas doradas, bigote y el pelo con la raya en medio, y una máquina fotográfica en una correa colgada al hombro. Cada día fotografiaba a las gitanas; como fuera que las dos mujeres eran un pedazo de pan, se esforzaban por poner buena cara; el gitano les arreglaba la

sonrisa y el pelo y luego se apartaba para sacar la foto, pero nunca tenía carrete en la máquina, las gitanas nunca recibieron una foto, pero aun así se dejaban fotografiar haciendo castillos en el aire con las fotos que nunca habrían de llegar, como los creyentes viven de la esperanza del cielo y del paraíso. Un día las vi en Liben, delante de la taberna de Scholler, antes de llegar al puente; en el cruce, un policía municipal gitano dirigía el tráfico; con sus mangas blancas, el bastón a rayas y sus movimientos de bailarín tenía un aire tan gracioso y al mismo tiempo tan distinguido que me paré a contemplar aquel espectáculo, y de golpe me hirieron la vista los colores turquesa y rojo fuego, mis dos gitanas, al otro lado de la calle, con los ojos como platos, admiraban a aquel gitano en medio del cruce, rodeadas de todo un gentío, había niños, mujeres y hombres gitanos que, maravillados y llenos de orgullo, se comían con los ojos a aquel guardia municipal. Y cuando otro guardia vino a relevar al gitano, todo el grupo le rodeó para felicitarle, mis gitanas cayeron de rodillas y con la falda turquesa y la roja lustraban las polvorientas botas de uniforme del gitano; él sonreía con reserva pero al final ya no podía esconder su satisfacción, reía y besaba ceremoniosamente a todos los gitanos, mientras la falda turquesa y la roja le pulían las botas. Mis gitanas acabaron su comilona, recogieron las migas y se las comieron, la falda turquesa se tendió sobre el papel, la gitana se la subió inocentemente hasta el ombligo, poniéndome su vientre delante de las narices y me preguntó con seriedad... ¿Qué, abuelo, se anima? Le mostré mis manos llenas de sangre, hice un gesto de bajar las persianas y contesté... Dejémoslo correr por hoy, me duelen las rodillas. La gitana se encogió de hombros, se bajó la falda y, tanto ella como la de la falda de color fuego, que mientras tanto se había sentado en un peldaño, clavaron en mí sus ojos desorbitados, sin parpadear. Luego se levantaron, restablecidas y reanimadas, cogieron los pañuelos para formar con ellos los hatos y se lanzaron escaleras arriba, pero antes de desaparecer, con la cabeza entre las rodillas, como un metro plegable, me saludaron con sus voces roncas y se fueron volando hacia el pasillo; entonces oí su inimitable paso de polca en el patio, camino del lugar donde les mandaba a buscar papel su gitano, el de la máquina fotográfica al hombro, pequeño bigote bien peinado y raya partiéndole el pelo, el cual les arreglaba los negocios por adelantado. Y yo dale que dale, trabajaba como un negro, con un garfio hacía caer cajas y papel sangriento y, cuando conseguí desatascar el agujero, oía todas las conversaciones como a través de un altavoz, unos colectores se acercaron al agujero, yo los miraba desde abajo y los veía tan pequeños como las estatuas en el portal de una iglesia, tan profundamente hundido estaba mi subsuelo con la prensa, la cual me recordaba el catafalco de Carlos IV, el padre de la patria, y de repente apareció en el agujero la cara morada de rabia de mi jefe y sus manos retorciéndose de desesperación, sus gritos llenos de odio y de malicia caían sobre mí... Hanta, ¿qué hacían ahí esas dos brujas, ese par de arpías? Y yo, como siempre, me asusté, caí sobre una rodilla, con una mano apoyada en la prensa y mirando hacia arriba, nunca pude entender por qué mi jefe me tenía tanta manía, por qué siempre me ponía esa cara de perro, como si la tuviera especialmente preparada para mí, una cara avinagrada y llena de sufrimiento que me acusaba de tener yo la culpa de todas las desgracias, me demostraba una y otra vez que yo era un hombre asqueroso y un empleado nefasto y el causante de todos los quebraderos de cabeza de un jefe tan noble como el mío. Me levanté del suelo como, en los tiempos bíblicos, debieron de hacerlo los soldados al ver saltar la losa de la tumba que dejaba el camino libre a Jesucristo; me levanté tan asustado como ellos, me sacudí el polvo de las rodillas y continué trabajando, pero sin la misma seguridad de antes; además, las moscas empezaron a atacarme con renovada fuerza, a lo mejor estaban enloquecidas porque se les acababa el papel sangriento, o yo qué sé, tal vez era la corriente de aire que se había producido a causa del agujero en el techo; ahora formaban a mi alrededor un espeso matorral, tan espeso como las zarzas de la frambuesa o de la mora, al apartarlas con las manos, tenía la sensación de luchar con alambres de púas o con largas agujas. Y mientras yo trabajaba y durante todo el tiempo que

las gitanas estuvieron conmigo, Jesús y Lao-Tse estaban de pie junto a mi prensa y sólo ahora, abandonado y condenado de nuevo a la soledad y al trabajo mecánico, rodeado y azotado por cordones de moscas gigantes, empecé a verlo claramente: Jesús era un campeón de tenis que acababa de ganar Wimbledon, Lao-Tse, miserable, era como un comerciante que a pesar de sus riquezas parecía desposeído de todo; vi la sangrienta materialidad de todas las cifras y de todos los símbolos de Jesús, mientras que Lao-Tse, vestido con una mortaja, señalaba con el dedo una viga rústica; vi que Jesús era un play-boy y Lao-Tse un soltero abandonado por las glándulas, vi cómo Jesús alzaba imperativamente un brazo y con un gesto de prepotencia maldecía a sus enemigos mientras que Lao-Tse, resignado, dejaba caer sus brazos como si fuesen las alas rotas de un cisne; Jesús es un romántico, Lao-Tse un clásico, Jesús la marea alta, Lao-Tse la marea baja, Jesús la primavera, Lao-Tse el invierno, Jesús el amor contundente al prójimo, Lao-Tse el súmmum del vacío, Jesús es el progressus ad futurum, Lao-Tse el regressus ad originem... Y pulso los botones verde y rojo, una y otra vez, después de haber metido en la prensa la última brazada de aquel papel nauseabundo y manchado de sangre que me habían traído los carniceros, llenando con él toda mi cueva, pero al mismo tiempo me habían traído de la mano a Jesús y Lao-Tse. Abastecí el último paquete con La metafísica de las costumbres de Immanuel Kant, y, enloquecidas, las moscas se sentaron sobre los últimos pedazos de sangre casi seca, lamiéndola con tanta avidez que ni se daban cuenta de que el cilindro las apretaba y las chafaba y las desmenuzaba en una amalgama de gotas y de membranas. Até aquel paquete poblado de repugnancia y lo arrastré junto a los demás, eran quince, perseguido por el resto de aquel enjambre de moscas lunáticas, en el rojo oscuro de las gotas de sangre brillaba una mosca de un verde o un azul metálico, cada paquete estaba salpicado de moscas como si se tratase de un enorme muslo de ternera colgada en una carnicería de pueblo, en una bochornosa tarde de verano. Y al levantar la vista vi que Jesús y Lao-Tse habían desaparecido, como la falda turquesa y la rojo fuego de mis gitanas habían volado por la escalera enjabelgada, y mi jarra se había quedado vacía. Así que, agarrándola, también yo renqueé escaleras arriba, a tres patas, mi soledad demasiado ruidosa me comenzaba a marear, sólo al llegar al aire fresco de la callejuela me incorporé, con la jarra vacía firmemente agarrada. El aire resplandecía y yo, deslumbrado, cerraba los ojos como si cada rayo de sol trajera consigo un poco de sal, andaba despacio a lo largo de la vicaría de la iglesia de la Santa Trinidad, habían agujereado la acera y junto a la zanja vi a mis gitanas, la falda turquesa y la roja que estaban sentadas sobre una viga y charlaban con unos gitanos que excavaban la acera para colocar la tubería, el trabajo les ofrecía algo que hacer, así mataban el tiempo y se lo pasaban pipa, me encantaba mirarlos, desnudos de cintura para arriba, sus picos luchaban con la tierra dura y los adoquines, los devoraba con los ojos, medio hundidos en la tierra como si cavasen su propia tumba, me conmovía verlos con sus mujeres y con sus hijos a los que siempre tienen cerca, a menudo veo cómo una gitana con la falda remangada, cava la zanja con un pico reluciente mientras un joven gitano tiene un niño pequeño en su regazo, juega con él y le acaricia, y de ese modo se llena de una especie de fuerza, no física sino anímica, y es que los gitanos son muy sensibles, son como las bellas vírgenes del sur de Bohemia que juegan con el Niño Jesús; a veces me miran de un modo que me deja pasmado; los gitanos tienen unos ojos increíbles, unos ojos grandes y sabios de una cultura hace tiempo olvidada; he oído decir que cuando nosotros aún corríamos con las hachas y nos atábamos un pedazo de piel a la cintura, en algún lugar del mundo los gitanos tenían un estado con una estructura social que ya había conocido dos veces la decadencia; en cambio, los gitanos de Praga llevan aquí apenas dos generaciones, y a esos gitanos les agrada hacer en el lugar donde trabajan una pequeña hoguera con vigas que parten con el pico, un fuego ritual, un fuego nómada que chasquea vivaz, como la risa de un niño, un fuego que es el símbolo de la eternidad, anterior al pensamiento del hombre, un pequeño fuego gratuito como un don del cielo, un signo vivo del

elemento, que los peatones pasan de largo con indiferencia, un fuego que, en las zanjas excavadas en las calles de Praga, nace de la muerte de las vigas partidas con el pico, un fuego que calienta los ojos y el alma nómada, y cuando hace frío, también las manos; pensaba en todas esas cosas mientras miraba cómo la camarera de la taberna Husensky me llenaba la jarra con cuatro vasos de medio litro, vertió la espuma derramada en un vaso que me mandó haciéndolo resbalar sobre el mostrador para que me lo acabase, e inmediatamente se apartó de mí, seguramente porque ayer a la hora de pagar me saltó de la manga un ratoncito. Me acabé la cerveza y pensé que la camarera más bien se había apartado de mí porque tenía las manos manchadas de sangre seca, que sin duda me habré pasado por la cara y me di cuenta de que tenía la frente salpicada con grandes moscas secas que había chafado con la mano. Meditabundo, volvía por la callejuela excavada, las faldas turquesa y roja estaban allí al sol, pegadas a la pared de la iglesia de la Santa Trinidad, el gitano con la máquina fotográfica las cogió por las barbillas para girar un poco sus caras, luego retrocedió y miró el visor, de nuevo invitó aquellas dos caras de cromo a sonreír, después se acercó el visor al ojo, hizo una señal con la mano y un clic, avanzó el carrito inexistente, mientras las gitanas aplaudían y se alegraban como niñas pequeñas, preocupadas por si habrían quedado guapas en la foto. Me calé el sombrero hasta los ojos y crucé la calle; allí topé con un profesor de filosofía que me esperaba, perplejo, enfocándome con sus gafas que parecían dos lupas, tenía la sensación de que me enfocaba con los cañones de un fusil, sí, sus gafas parecían dos ceniceros, durante un rato se quedó hurgando en sus bolsillos y finalmente sacó un billete de diez coronas, me lo puso en la mano y preguntó... ¿El joven está? Sí, dije. Entonces, como cada vez, me susurró... Se portará bien con él, ¿verdad? Contesté que sí. Él entró en nuestro patio mientras yo bajé de prisa al subterráneo por la escalera de atrás; me quedé quieto, escuchando sus pasos que se acercaban a través del patio hacia mi cueva; una vez allí, nuestras vistas chocaron y el profesor suspiró diciendo... ¿Dónde está el viejo? En la taberna, como siempre, dije. Y el profesor me preguntó... ¿Siempre le chilla de ese modo? Sí, siempre, dije, le come la envidia porque soy más joven que él. Y el profesor de filosofía me dio diez coronas, me puso el billete en la mano y le temblaba la voz cuando me susurró... Tenga, para que pueda buscar mejor; ¿ha encontrado algo? Y yo me acerqué a la caja y saqué de ella números viejos de Política Nacional y Diario de la Nación con críticas de teatro, firmadas por Miroslav Rutt y Karel Engelmüller, se lo di al profesor que había trabajado en la Revista Teatral y aunque hacía cinco años que le habían echado, le interesaban mucho las críticas teatrales de los años treinta. Se quedó un ratito saboreando su felicidad, luego guardó los periódicos en la cartera y, después de haberme dado otro billete de diez coronas, se despidió. En la escalera se giró para decirme... No deje de buscar. Bueno, hasta otra, espero no tropezar con el viejo, ahora. Subió la escalera y yo como después de cada visita suya, me puse el sombrero calado bien bajo y por la puerta trasera me precipité a la calle, cruzando el patio de la vicaría me detuve delante de la estatua de san Tadeo y, con el sombrero hundido hasta los ojos y con cara de pocos amigos, observé al profesor que andaba pegado a la pared, al verme se asustó, como cada vez, pero se acercaba, me daba otro billete de diez coronas y me decía con voz desconsolada... No sea tan duro con el joven, ¿por qué le tiene tanta manía? ¿Verdad que se portará bien con él? Y yo siempre asentía, el crítico de la Revista Teatral se alejaba, yo sabía perfectamente que debía dirigirse hacia la plaza Carlos, en línea recta, pero él prefería escabullirse detrás de la esquina, con la mano en la que llevaba la cartera un poco echada hacia delante, como si le atrajese un imán invisible, todo su ser se apresuraba para salir rápidamente de mi campo visual, para poner fin de prisa y corriendo a aquel extraño encuentro conmigo, un viejo prensador que hacía la vida imposible al prensador más joven. Un camión retrocedía hacia nuestro patio, por la puerta trasera volví al subterráneo y me quedé contemplando los quince paquetes que había hecho aquel día, quince balas, todas ellas embellecidas con el mismo

cuadro, una reproducción de ¡Buenos días, monsieur Gauguin! de Paul Gauguin; todas las balas resplandecían deslumbrantes, me sabía mal tener que entregarlas tan pronto, me hubiera gustado disfrutarlas más tiempo, ir devorando con los ojos aquel espectáculo de imágenes superpuestas como una escenografía teatral, con el coro cansino de las moscas como música de fondo... Al ver la cara de impaciencia que ponía el chófer del camión, me dispuse a sacar los paquetes del sótano y, mientras los trasladaba uno por uno, no tenía ojos más que para mirar aquel Buenos días; ¡qué bonito sería si las balas se quedasen en mi cueva! pero no importa, en cuanto me jubile con mi prensa, me quedaré todas las balas que habré hecho; no montaré ninguna exposición, para evitar que nadie, un extranjero con divisas por ejemplo, tenga tentaciones de comprarme una; pero aunque montase una exposición, yo, naturalmente, haría todo lo posible para que nadie se las pudiera quedar: les pondría unos precios desorbitados, mil marcos como mínimo, pero con mi mala suerte habitual aún tropezaría con alguien dispuesto a pagarlos, se llevaría la bala Dios sabe dónde y me arrebataría para siempre el placer de poder admirarla... Subía en el montacargas una bala tras otra, oí como el mozo refunfuñaba diciendo que los paquetes estaban sembrados de moscas; con el último paquete las moscas abandonaron mi cueva que, en un abrir y cerrar de ojos, apareció triste y solitaria como yo mismo. Subí la escalera a cuatro patas —a partir de la quinta jarra de cerveza no tengo más remedio que subir los peldaños como si se tratara de una escalera de mano—, al llegar al patio me fijé que el mozo pasaba el último paquete al chófer, que lo agarraba con los guantes puestos y ayudándose de una rodilla lo tiraba allí donde ya se hallaban sus hermanos, el mozo tenía la espalda de la bata manchada de sangre, parecía un batik hecho de sangre, el chófer se sacó los guantes con asco y los tiró a la basura, luego el mozo se sentó al lado del chófer y mis balas salieron a la calle, yo contemplaba eufórico cómo relucían aquellos ¡Buenos días, monsieur Gauguin!, aquel camión embellecido alegraría la vista a los transeúntes, las moscas locas desaparecieron del patio junto con los paquetes y se reavivaron con el sol de la calle Spálená; volaban frenéticamente alrededor del camión, aquellas arrebatadas moscas azuladas, verdosas y doradas que no tardarían en dejarse cargar, junto con Monsieur Gauguin, en los containers de las fábricas de papel para ser disueltas en ácidos y álcalis, todo por culpa de su chifladura por la sangre descompuesta. Cuando estaba a punto de volver al sótano, mi jefe se arrodilló sin más delante de mí y con la máscara de mártir puesta y las manos juntas se puso a suplicarme e implorarme: Hañ't'a, por el amor de Dios, te lo ruego, te lo pido de rodillas, modérate y deja de entromparte con aquellos jarrones de cerveza, mete mano a la faena, pitando, va, no me tortures, si sigues así, acabarás conmigo... Me asusté y le tomé tiernamente por el codo, rogándole... Levántese, señor mío, no es digno de usted esto de arrodillarse... e hice levantar a mi jefe que temblaba como una hoja, le pedí que me disculpase, de hecho no sabía qué tenía que perdonarme, pero yo soy así, siempre pido perdón, incluso me lo pido a mí mismo, por mi manera de ser y por mi carácter... Volví al sótano completamente abatido, cargado de culpa por haber disgustado a mi jefe, y estaba tan apenado que me eché boca arriba en el rincón que había chafado la gitana de la falda turquesa, y me quedé escuchando: el bullicio de la calle, la bella y alegre música de los wáteres y lavabos de la casa de cinco pisos bajo la que ando a la brega, el flujo de las cloacas que distinguía claramente si prestaba oído, y hasta los chillidos y los silbidos lánguidos de los ratoncitos que, una vez las legiones de moscas habían tocado retirada, se percibían vagamente debajo del cemento: me imaginaba las luchas en los canales de Praga, la guerra entre dos clanes de ratas por dominar las alcantarillas de toda la ciudad. El cielo no es humano y la vida encima y debajo de mí tampoco lo es. ¡Buenos días, monsieur Gauguin!

5

Todo lo que he visto en este mundo está animado simultáneamente por un movimiento de vaivén, todo avanza y retrocede, como el fuelle de una fragua, como el cilindro de mi prensa cuando pulso el botón verde y el rojo, todo va y viene, oscila en su propio contrario y por eso nada en este mundo anda cojo; en cuanto a mí, hace treinta y cinco años que preno papel viejo y sé perfectamente que para salir del paso necesitaría un título universitario en clásicas, además de haber pasado por un seminario. Y es que en mi trabajo, la espiral y el círculo se corresponden y el progressus ad futurum se confunde con el regressus ad originem; todo eso, lo vivo muy intensamente y ya que soy infelizmente feliz y culto a pesar de mí mismo, he empezado a reflexionar sobre el hecho de que el progressus ad originem se corresponda con el regressus ad futurum. Cada cual se divierte como puede, yo lo hago así, otro leyendo *Praga – Tarde*. Ayer enterramos a mi tío, aquel bardo que me enseñó el camino instalando en su jardín el cambio de agujas, las vías, la locomotora Ohrenstein y Koppel y tres vagonetas en las que por la tarde paseaba a los niños y por la noche a sus compañeros mientras todos bebían cerveza a pedir de boca. Ayer, pues, enterramos a mi tío: había tenido un ataque de apoplejía —por supuesto que en su garita del cambio de agujas, ¿dónde, si no?— y como es época de vacaciones, sus colegas se habían ido a la montaña o al lago, de modo que durante aquellos días de tanto calor nadie había ido a verle, mi tío había muerto hacía dos semanas y hasta que lo encontró un maquinista, yacía en el suelo de su garita, cubierto de moscas y roído por los gusanos, con el cuerpo deshecho, como un camembert rancio. Los empleados de las pompas fúnebres sólo recogieron de él lo que se pudo tomar con las ropas, después me fueron a buscar y yo, que en mi trabajo las había visto más gordas aún, los ayudé a cambio de una botella de ron capaz de reanimar a un muerto: rasqué del suelo los restos de mi tío, primero con una pala y después, los trozos más pequeños, con una paleta; rascaba en silencio y atentamente los restos fosilizados en el linóleo, y lo que más me costó fue su pelo pelirrojo incrustado en el linóleo como un erizo atropellado en una autopista; tuve que raspar el suelo con una azuela; cuando tuve todos los restos, embutí con ellos el traje de mi tío, echado en el ataúd, sobre la cabeza le puse su gorro de ferroviario que había encontrado en la garita de guardaagujas y le coloqué en la mano un libro de Immanuel Kant, abierto por las páginas donde figura un pasaje que siempre me conmovió... El cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior son objeto de una renovada y creciente admiración y veneración... Después cambié de idea y busqué una frase aún más exquisita, que Kant escribió en su juventud... Cuando el tembloroso fulgor de una noche de verano se llena de estrellas titilantes y la luna alcanza su apogeo, me sumerjo en un estado de alta sensibilidad, amalgama de amistosa ternura y de menosprecio por el mundo y la eternidad... Abrí el pequeño armario: sí, todavía estaba allí la colección que mi tío tantas veces me había mostrado, sin despertar mi interés: cajas llenas de placas multicolores; cuando aún trabajaba de guardaagujas, se divertía poniendo sobre las vías pedazos de cobre que tomaban formas extrañas y por la noche los asociaba en ciclos, a cada pedacito le ponía un nombre según la asociación que el trocito de metal le evocaba; aquella colección me recordaba esas cajas llenas de mariposas orientales, cajas de bombones vacías, atestadas de arrugados papelitos de plata. Vertí el contenido de las cajas en el féretro, cubriendo a mi tío con aquella preciosa quincalla, después los empleados de las pompas fúnebres cerraron el ataúd en el que yacía, solemne, como un alto dignatario cargado de medallas, y me lo debía a mí que le había adornado y emperifollado como si fuera un maravilloso paquete de papel prensado. Entonces regresé a mi madriguera, tuve que bajar a cuatro patas como si descendiera de una buhardilla por una escalera de mano, en silencio

vacié la botella de ron, acompañando cada sorbo con un buen trago de cerveza y, con un pico —no había otra forma—, empecé a arrancar el papel mojado, engastado, monstruoso y deformado, como un gruyere con los agujeros llenos de ratoncitos; entre tragos de cerveza cargaba en la prensa aquella porquería, llena de nidos enteros de ratas, destrozaba callejones de ratoncitos y derrumbaba sus ciudades; me quedaban dos días para acabar con todo aquel sarao, durante dos días no entraría nada más en el almacén y al tercer día tocaba inventario. Cada día, a última hora de la tarde, había regado aquel maremágnum de papel y nunca me hubiera imaginado ni borracho que allí abajo todo se amalgamaría, que las flores y los libros y el papel viejo crearían una especie de estofado, una masa más comprimida aún que los paquetes pasados por la máquina. Realmente, para hacer bien este trabajo uno tendría que ser teólogo. Al pie de esta montaña —hasta donde nunca había llegado en el transcurso de los últimos seis meses— el papel viejo se pudría lentamente como las raíces en las aguas pantanosas, exhalando aquel empalagoso tufo de queso casero olvidado en la olla durante medio año; el papel mojado y prensado por el peso del montón había perdido su color original, había adquirido un tono gris matizado de café con leche, y compacto como el pan seco. Trabajé hasta bien entrada la noche y me refrescaba sacando la cabeza por el patio interior, y a través de aquella chimenea de cinco pisos miraba, como el joven Kant, un fragmento del cielo estrellado; después, tomando el asa de la jarra, a cuatro patas y con paso inseguro, subía la escalera y, tambaleándome, me dirigía a la taberna, compraba cerveza y volvía a bajar a tres patas a mi madriguera donde, sobre la mesa, a la luz de la bombilla, tenía abierto el libro Teoría general del cielo de Immanuel Kant... En el silencio de la noche, cuando los sentidos reposan calmados, habla un espíritu inmortal en un lenguaje difícil de designar, compuesto de conceptos, que es posible comprender pero imposible describir... Estas frases me afectaron de tal manera que me fui corriendo a sacar la cabeza al patio abierto para mirar el fragmento de cielo estrellado y sólo después continué cargando el papel asqueroso a la prensa con una horca, un papel lleno de familias de ratitas envueltas en una especie de algodón, de telaraña; de hecho los que trabajan con papel viejo no son humanos, de la misma manera que tampoco lo es el cielo, yo ya sé que alguien lo tiene que hacer, pero en el fondo mi trabajo se reduce a una matanza de inocentes, tal como la pintó Pieter Brueghel, la semana pasada envolví todas las balas con la reproducción de ese cuadro, hoy, en cambio, me iluminaba el amarillo y el dorado de los Girasoles de Van Gogh, de sus círculos y sus puntos, y este resplandor acrecentaba mi sentido de lo trágico. Así trabajaba, adornando las pequeñas tumbas de los ratoncitos, y de vez en cuando me iba a leer un fragmento de la Teoría general del cielo, cada vez tomaba una frase y la saboreaba como si fuese un caramelo de menta. Me inundaba la grandeza desmesurada y la infinita pluralidad, me invadía la belleza, la belleza caía sobre mí como un riego, de todos lados, el cielo visto a través del agujero del patio interior encima de mi cabeza, los combates y las guerras de dos clanes de ratas en las alcantarillas bajo mis pies, ante mí, en fila india, como un tren de veinte vagones, veinte paquetes iluminados por el centelleo de los girasoles; la máquina con su gran fuerza horizontal chafaba los ratoncitos silenciosos que no decían ni pío, como cuando les agarra un gato cruel y juega con ellos, y es que la misericordiosa naturaleza ha inventado el horror, es el horror que hace fundir los plomos, él, más fuerte que el dolor, envuelve a quien visita en el momento de la verdad. Todo eso me dejaba admiradísimo, súbitamente me sentí santificado, embellecido por dentro, por haber tenido el valor de soportarlo, por no haber perdido el juicio entre todas las cosas que veía y experimentaba en cuerpo y alma, aquí, en mi soledad demasiado ruidosa, me daba cuenta con estupefacción que este trabajo me había introducido en el campo infinito de la omnipotencia. Sobre mi cabeza brillaba una bombilla, los botones verde y rojo ponían en movimiento el cilindro de la prensa, hala, hala, ahora voy, ahora vuelvo, y yo, al fin y a la postre, llegué al pie de la montaña, tuve que coger una pala y, al igual que los excavadores de zanjas, ayudarme con una

rodilla para poder vencer el papel convertido en una especie de arcilla. La última pala llena de aquella materia pegajosa y húmeda; me sentía como un limpiador de alcantarillas, trabajando en el profundo abismo de una cloaca abandonada. Deposité allí la Teoría general del cielo, abierta; até el paquete con alambres, el botón rojo interrumpió la presión y soltó el paquete hecho; lo arrastré a la cola, a la fila de sus compañeros gemelos, me senté en un peldaño, mis manos colgaban sobre el suelo de cemento mientras veintiún girasoles iluminaban la sombría penumbra de mi cueva. Los ratoncitos temblaban de frío porque ya no les quedaba papel donde excavar sus escondrijos, uno de ellos se me acercó y me atacó, un pequeño ratoncito se lanzaba contra mí, incorporado sobre sus patas traseras, tal vez me quería morder o echarme al suelo, o sólo hacerme un poco de daño, con toda la fuerza de su cuerpecito saltaba y me mordía la húmeda suela de los zapatos, yo rehusaba suavemente sus ataques, pero en vano, hasta que al final no pudo más, jadeando se retiró a un rincón para mirarme fijamente, directamente a los ojos; temblando como una hoja comprendí que en aquellos ojos de ratoncito había algo más que el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior. Como un relámpago se me apareció Arthur Schopenhauer afirmando que la más elevada de las leyes es el amor y el amor es compasión, comprendí por qué Arthur odiaba tanto al forzudo de Hegel y me alegré de que ni Hegel ni Schopenhauer hubieran sido comandantes de dos ejércitos adversarios: estaba seguro de que aquellos dos habrían sido tan despiadados como los dos clanes de ratas en las alcantarillas del subsuelo de Praga. Por la noche me eché en la cama, medio muerto, bajo el baldaquín que soportaba dos toneladas de libros; en las tinieblas de mi habitación escasamente iluminada por los faroles de la calle distinguía los lomos de los libros y me parecía percibir en el silencio el roer de los pequeños dientes de los ratoncitos, de encima de mi cabeza me llegaba aquel sonido que me llenaba de pánico, me parecía oír el tictac de una bomba, y si había ratoncitos, se trataba sin duda de todo un nido, los nidos se convertirían en villorrios, los villorrios en pueblos y, de acuerdo con la progresión geométrica, al cabo de un año ese nido se convertiría en toda una ciudad de ratoncitos, que roerían tan bien y con tanta aplicación las vigas del baldaquín que pronto bastaría con hacer un gesto imprudente o emitir un sonido para que las dos toneladas de libros se desmoronasen sobre mí; ésa sería su venganza por haberlos prensado. El roer amenazador de los ratoncitos sobre mi cabeza me dejó completamente agotado, muerto; como siempre estaba en la luna, vino a visitarme en forma de Vía Láctea una gitana menuda, una gitana que había sido el amor de mi juventud, una gitana reservada e inocente que un día me esperó a la salida de la taberna con un pie adelantado como una bailarina, una gitana, la belleza que hechizó una época de mi vida y a la que he olvidado, la gitana que tenía el cuerpo untado con grasa, bañado en sudor —siempre que la acariciaba, los dedos se me embadurnaban con algo que parecía mantequilla fresca—, la gitana que desprendía un perfume de musgo y de cacao, que llevaba siempre el mismo vestido ordinario, manchado de salsa y de sopa, salpicado de cal y de madera podrida en la espalda, porque me traía vigas viejas sacadas de los escombros; recuerdo la primera vez que la encontré, fue hacia finales de la guerra, a la salida de la cervecería, cuando me iba a casa, ella me acompañó, andando detrás de mí con su paso silencioso, ¡ay, sí!, fue al salir de la taberna Horký, en el cruce le dije, bueno, hasta la vista, me encaminé hacia mi casa y ella insistió en que tenía que tomar la misma calle, así que subí hasta el Sacrificio y allí le di la mano para despedirme, pero ella perseveró siguiéndome hasta el Muelle de la Eternidad donde yo vivía, le dije que aquélla era mi calle y que nos teníamos que despedir, ella me contestó que su casa quedaba en la misma dirección, una vez delante del farol de mi casa le dije hasta otra, pues, yo vivo aquí, pero ella tenía metido en la cabeza que también vivía allí, de modo que abrí la puerta y la quise dejar pasar, pero como ella no se sentía con ánimos de pasar primero, fui yo quien entró en el oscuro pasillo, subí la escalera y al abrir mi puerta me giré para decirle adiós, ya estoy en casa, pero ella repuso, yo

también estoy en casa, entró y durmió conmigo en la única cama que allí había y, cuando me desperté, ella ya se había ido, pero el lugar donde había dormido aún guardaba su tibieza. A partir de aquel día, cuando volvía a casa por la noche, la encontraba sentada delante de mi puerta y debajo de mi ventana había vigas encaladas y partidas provenientes de casas demolidas, cuando abría con la llave, ella se levantaba y como una gata se escurría dentro de la habitación donde después nos quedábamos sentados en silencio, yo iba a buscar cerveza en una gigantesca jarra de cinco litros, la gitana encendía el fuego en mi pequeña estufa de hojalata, el fuego murmuraba aunque la puertecita de la estufa estaba abierta porque la chimenea de mi habitación era bien ancha, mi piso había servido anteriormente de herrería, cada noche mi gitanilla preparaba el mismo plato, estofado de butifarra de caballo con patatas, estaba sentada delante de la puertecita de la estufa, alimentaba el fuego y una luz amarilla inundaba su regazo, el calor le cubría los brazos y el cuello y el perfil de la cara de un sudor amarillento, yo me echaba sobre la cama vestido, me incorporaba sólo para beber cerveza y para pasar la jarra a la gitana, que la sostenía con ambas manos, tan grande era la jarra, yo no tenía ojos más que para mirar cómo se le movía la garganta cuando bebía y era todo oídos para no perderme el sonido de sus gemidos que me recordaban una bomba de agua que rechinaba en la distancia; al principio yo creía que alimentaba el fuego con tanta diligencia para ganarme, pero qué va, el fuego era para ella una necesidad vital, sin fuego no habría podido vivir. Yo convivía con la gitana, pues, sin saber exactamente cómo se llamaba, ella no sabía, no quería saber cómo me llamaba yo, nos encontrábamos cada noche sin habernos puesto de acuerdo; nunca sentí la necesidad de darle las llaves, ella me esperaba siempre, a veces la ponía a prueba: llegaba más temprano y hasta pasada medianoche no abría la puerta; entonces veía pasar una sombra, la gitana se introducía en mi habitación, al cabo de un instante encendía una cerilla, con ella un papel y con él el fuego en la estufa, un fuego vivo, rumoroso, al que ella no cesaba de alimentar con el montón de leña, suficiente para un mes como mínimo. Me gustaba contemplarla mientras comíamos debajo de la bombilla encendida: partía el pan en pedacitos y se los depositaba en la boca como quien recibe la eucaristía, después recogía las migajas y las tiraba ritualmente al fuego. Luego nos echábamos boca arriba mirando el techo donde bailaban sombras y reflejos, hacía un buen rato que habíamos apagado la bombilla cuando me incorporaba para tomar la jarra de cerveza, tenía la impresión de estar en un acuario poblado de algas y plantas acuáticas, de atravesar un bosque espeso en una noche de luna llena, tanto se agitaban las sombras, y mientras bebía, observaba la desnudez de la gitana, estirada en la cama, el blanco fulgurante de sus ojos, nos veíamos mejor en la oscuridad que con luz, a mí siempre me ha gustado la caída del día, me parece el único momento en que puede pasar algo importante, la luz del crepúsculo lo embellece todo, las calles, las plazas, la gente parece aterciopelada como las flores, los pensamientos morados y amarillos, incluso a mí mismo me percibo más joven y de mejor ver, me agrada observarme en el espejo cuando oscurece, palpame la cara, entonces la encuentro lisa, sin arrugas en las comisuras de los labios ni en la frente; el crepúsculo aporta belleza a mi vida cotidiana. Las brasas rojizas se consumían en la puertecita de la estufa, la gitana desnuda se levantaba para alimentar el fuego, su cuerpo irradiaba una aureola amarilla y me recordaba la estatua de san Ignacio de Loyola que corona el portal de la iglesia que lleva su nombre en la plaza Carlos, porque la rodea una aureola parecida. Después se tendía encima de mí, girando la cabeza para mirarme de perfil y paseaba el dedo sobre mi nariz y mis labios, de hecho casi nunca me besaba, yo a ella tampoco, nos lo decíamos todo con las manos, acostados y dejándonos acariciar por los reflejos y por las luces de la vieja estufa rota que emitía el resplandor danzante que nacía de la muerte de la madera. No queríamos nada más que seguir viviendo así infinitamente, eternamente, como si ya nos lo hubiéramos dicho todo, como si hubiéramos nacido juntos y no nos hubiésemos separado ni un instante. En el otoño del penúltimo año de la segunda guerra mundial compré

papel azul de envolver, cola y un ovillo de hilo grueso y el domingo, mientras la gitana fue a buscar cerveza, yo me senté en el suelo para fabricar una cometa; la equilibré bien para que subiera directamente al cielo, enseñé a la gitana a fijar papillotes en su larga cola; entonces fuimos juntos al Monte Redondo para hacerla volar, para que fuera a visitar el cielo; tensé bien el hilo para que la cometa se mantuviese inmóvil; sólo su cola ondeaba en el aire dibujando una S; la gitana se tapó la cara con las manos, pero entre sus dedos se veían sus ojos como platos... Entonces dejé el hilo un momento a la gitana, pero ella se asustó y se puso a gritar que la cometa se la llevaría al cielo, que ya sentía que volaba, como la Virgen, yo la abrazaba por los hombros; si la cometa la arrastraba hasta el cielo, entonces nos iríamos juntos, pero la gitana me devolvió el ovillo y dejó reposar la cabeza sobre mi hombro; de golpe me vinieron ganas de mandar una carta a la cometa, dejé el ovillo a la gitana para que lo aguantase un momento, pero como no dejaba de horrorizarse gritando que la cometa se la llevaría al cielo y que no volvería a verme nunca más, clavé un palo en el suelo y fijé el ovillo en él; entonces arranqué una hoja de mi agenda, la até al hilo y, tomando el ovillo, solté la carta, que se fue directamente hacia la cometa; la gitana chillaba y alargaba los brazos como para detener la carta; yo sentía en los dedos el tirón de la cometa, cualquier ráfaga de viento allí arriba penetraba en mí a través de los dedos, y cuando la carta alcanzó la cometa, al sentir aquel contacto, me puse a temblar: súbitamente, la cometa se había convertido en Dios, yo en su Hijo y el hilo en el Espíritu Santo, intermediario entre el hombre y Dios. Al cabo de un rato la gitana se animó a coger el hilo como yo, todo su cuerpo temblaba, sintiendo en los dedos cada movimiento de la cometa, que danzaba en el aire al impulso de las ráfagas de viento y, con el hilo enrollado en su dedito, la gitana soltaba gritos de euforia... Después llegó el día en que volví a casa un atardecer y la gitana no me esperaba; encendí la luz y durante toda la noche, hasta la madrugada, cada dos por tres salía fuera a buscarla, pero la gitana no aparecía por ningún lado, y no llegó ni al día siguiente, ni al otro, ni nunca más. La busqué por todas partes pero jamás la volví a ver, mi pequeña gitana infantil, sencilla como un trozo de madera sin trabajar, como el aliento del espíritu de Dios, mi gitanilla que no deseaba nada más que encender el fuego con la leña que cargaba sobre sus espaldas, vigas de casas demolidas, vigas grandes como una cruz, no deseaba nada más que preparar un estofado de patatas y butifarra de caballo, alimentar el fuego y en otoño soltar la cometa para que volase hacia el cielo. Sólo más tarde supe que la Gestapo se la había llevado, junto con otros gitanos, a un campo de concentración de donde no volvió nunca más, la habrán quemado en los hornos crematorios de Maidanek o Auschwitz. El cielo no es humano pero, por aquel entonces, yo todavía lo era. Al terminar la guerra comprendí que la gitana ya no volvería, en el patio de mi casa quemé la cometa con su larga cola que ella me había ayudado a hacer, ella, cuyo nombre he olvidado. Después de la guerra, durante mucho tiempo, todavía en los años cincuenta, mi sótano estuvo repleto de libros nazis; iluminado por la bellísima sonata de mi gitana, pensaba lleno de entusiasmo toneladas de textos que hablaban de lo mismo, comprimía cientos de miles de páginas con fotografías de hombres y mujeres y niños extasiados de alegría, de ancianos, de campesinos, de miembros de las SS, de militares, todos extasiados de alegría; regocijado metía en la prensa a Hitler y a todo su cortejo entrando en la Viena liberada, a Hitler entrando en Gdansk, en Varsovia, en Praga, en París, a Hitler en su casa particular, a Hitler en las fiestas de la cosecha, a Hitler con su fiel perro lobo, a Hitler en el frente, rodeado de soldados, a Hitler en un viaje de inspección, examinando el muro del Atlántico, a Hitler entrando en las ciudades conquistadas de oriente y occidente, a Hitler inclinado sobre los mapas militares; cuanto más pensaba a Hitler y a las multitudes delirantes de alegría, más pensaba en mi gitana que nunca fue víctima del delirio, que sólo deseaba alimentar el fuego y preparar un estofado de patatas y butifarra de caballo y beber a capricho, y partir el pan como si fuera la sagrada forma y después mirar las llamas y el resplandor a través de la puertecita abierta de la estufa, y escuchar el

melódico murmullo del fuego, el canto del fuego que conocía desde su infancia y que la unía a su raza con lazos rituales, el fuego, cuyo brillo vence al sol y dibuja en los rostros sonrisas bañadas de melancolía, sonrisas que son el reflejo de la beatitud o, por lo menos, de lo que era la beatitud en los ojos de mi gitana... Estoy acostado en la cama boca arriba, desde el baldaquín ha saltado sobre mi pecho un ratoncito que en seguida se ha escondido debajo de la cama; habré traído ratoncitos a casa metidos en la cartera o en el bolsillo del abrigo; del patio sube el olor de los wáteres; seguramente lloverá, me digo, echado en la cama y sin poder moverme, tan castigado estoy de currelar y de beber, en dos días he limpiado toda mi cueva a costa de centenares de ratoncitos, bichos humildes que tampoco deseaban nada más que roer libros, vivir en pequeños escondrijos en medio del papel viejo, dar vida a pequeños ratoncitos, amamantarlos en sus madrigueras, ratoncitos agazapados como mi gitanita que dormía acurrucada a mi lado cuando tenía frío. El cielo no es humano, pero debe haber algo más que el cielo, la compasión y el amor, pero yo he permitido que se borrasen de mi memoria y cayesen en el olvido.

6

Durante treinta y cinco años he comprimido papel viejo en una prensa mecánica, durante treinta y cinco años he pensado que la mía era la única forma de destruir maculatura, pero luego descubrí que en Bubny, una enorme prensa hidráulica realizaba el trabajo de veinte máquinas como la mía. Y cuando alguien que lo había visto me dijo que aquel gigante hacía paquetes de tres a cuatro quintales que se transportaban por medio de una vagoneta, me dije, ¡eh! Hañ't'a, eso sí que no te lo puedes perder, te presentarás allí para hacerles una visita de cortesía. En Bubny encontré una enorme sala de cristal, casi tan grande como la estación Wilson de Praga y, cuando oí el estampido de aquella prensa enorme, todo mi cuerpo se puso a temblar y yo no encontraba el valor necesario para enfrentarme con aquel monstruo; así que durante un rato estuve allí, paseando la vista por otras cosas, sin el coraje suficiente para mirar la máquina de hito en hito. Y es que yo soy así: cada vez que veo un libro precioso entre el montón de papel viejo, me preparo mentalmente antes de ir a cogerlo: sólo después de haber limpiado el cilindro de la prensa dirijo la vista hacia la papelería, para examinar si tengo fuerzas suficientes para afrontar al libro; sólo entonces lo recojo con mano temblorosa, como los dedos de una novia que sustentan el ramo delante del altar. Sí, soy así y siempre he sido así, incluso cuando, hace años, jugaba al fútbol en el club de mi pueblo; sabía perfectamente que hasta el jueves no ponían la alineación en la vitrina de anuncios de la taberna, pero yo me presentaba allí ya el miércoles con el corazón palpitando ya el miércoles, paraba la bicicleta delante de la vitrina y, con las piernas separadas, una a cada lado de la bicicleta, no me veía con ánimos para mirar en seguida lo que había en el escaparate, de manera que primero observaba la madera y la pequeña cerradura, después me pasaba un rato leyendo y releendo el nombre de nuestro club y sólo después de aquellos preparativos me atrevía a examinar la alineación, pero al ser miércoles lo que figuraba allí era el equipo de la semana anterior, de modo que no tenía más remedio que regresar a casa con un palmo de narices para volver de nuevo a las andadas el jueves: para calmar mi ansiedad, lo examinaba todo salvo la lista de nombres, dejando pasar un buen rato antes de atreverme a leer, muy despacio, antes que nada la alineación del primer equipo, después los reservas y los juveniles, y cuando por fin descubría mi nombre entre los suplentes,

me sabía a gloria. Y ahora en Bubny experimentaba aquella misma angustia; esperé un rato para que se me pasara el embrollo mental antes de dirigir la vista hacia el gigante que se alzaba hasta el techo de cristal, como el enorme altar de la iglesia de San Nicolás en Malá Strana. La prensa era más grande de lo que me había imaginado, su cinta transportadora, tan larga y ancha como la que lentamente echaba el carbón debajo de las rejillas de la central eléctrica de Holešovice, transportaba libros y papel blanco que cargaban jóvenes obreros, chicos y chicas vestidos de un modo radicalmente distinto al mío y al de los demás prensadores que conocía: llevaban guantes de color naranja y celeste, gorros americanos amarillos con visera, monos finos con tirantes cruzados en la espalda que hacían resaltar sus suéters y jerseys de colores vivos; más que uniformes de trabajo parecían conjuntos de última moda; no había ninguna bombilla encendida, el sol y la luz inundaban la sala a través de las paredes y el techo de cristal, provistos de ventiladores; lo que hacía más profunda mi humillación eran los guantes de colores: yo siempre había trabajado con las manos desnudas para poder sentir el tacto del papel con los dedos, en cambio aquí nadie deseaba tener esa extraordinaria experiencia que es palpar libros y papel viejo; la cinta transportaba libros y recortes de papel y me recordaba la escalera mecánica del subsuelo de la plaza San Venceslao que sube a los peatones a la calle; el papel ascendía y, al final de la cinta, se deslizaba directamente dentro de un recipiente gigantesco, como las calderas de la fábrica de cerveza de Smíchov; cuando aquella balsa monstruosa estaba llena, la cinta se detenía y un tornillo enorme bajaba del techo, chafaba el papel con una fuerza indescriptible y con un gran soplo volvía a subir hacia el techo; entonces todo volvía a empezar, la cinta se llevaba el papel y lo echaba al recipiente, más grande que el estanque de la plaza Carlos. Cuando logré tranquilizarme un poco, observé cómo la prensa chafaba cargas enteras de camiones llenos hasta arriba de libros, cargas de libros destinados al reciclaje sin que ni una sola página pudiera embadurnar los ojos y el cerebro de nadie. Al pie de la cinta, los trabajadores abrían los paquetes, agarraban libros acabados de imprimir, arrancaban la cubierta y lanzaban sobre la cinta las páginas que se abrían al vuelo, trabajaban de prisa, sin detenerse a mirar nada porque no podían perder tiempo, la cinta tenía que correr siempre llena, no soportaba que alguien se entretuviese como yo hacía una y otra vez en mi sótano, no, aquí en Bubny el trabajo era inhumano, me recordaba el trabajo en un pesquero, cuando sacan a cubierta los peces y los pececitos y los colocan todos sobre cintas transportadoras que los conducen al interior del barco donde se congelan; todo es igual, tanto da un pez como otro, un libro como otro. Luego me atreví a subir a la plataforma que rodeaba al recipiente; sí, es verdad, caminando por allí tuve la misma sensación que si pasara alrededor de las calderas de la fábrica de cerveza de Smíchov, donde hierven quinientos hectolitros de cerveza de una sola vez; apoyado en la barandilla miraba hacia abajo y tenía la impresión de encontrarme sobre el andamio de una casa en construcción; el tablero de mando brillaba con decenas de botones multicolores como el de una central eléctrica, y el tornillo chafaba y comprimía con tanta fuerza el contenido de aquel vientre que hacía pensar en alguien que arruga, meditabundo, un billete entre los dedos; cada vez más asustado, miraba a los chicos y a las chicas que trabajaban a mi alrededor, iluminados por el sol, devoraba con los ojos aquella bacanal de colores de sus monos, jerseys y quepis, parecían pájaros exóticos, loros, papagayos y martines pescadores y andarríos; pero de golpe y porrazo el corazón me dio un vuelco: empecé a ver con toda claridad que esa prensa hidráulica representaba un golpe mortal para todas las prensas pequeñas, que el espectáculo al que estaba asistiendo simbolizaba una nueva era muy diferente a la que yo y los viejos prensadores como yo habíamos vivido, era el fin de nuestro modo de trabajar. Se acabarían las pequeñas alegrías y sorpresas cotidianas que llegaban a mi madriguera en forma de hallazgos insólitos, se acabarían los viejos prensadores como yo, cultos a pesar de sí mismos, se acabarían nuestras bibliotecas privadas y nuestras esperanzas de alcanzar algún día un cambio cualitativo; ésta era

otra mentalidad... Pero todo eso era lo de menos, el golpe más duro estaba aún por llegar: durante el descanso, los jovencitos, plantados con las piernas separadas y con una mano en la cintura, ise pusieron a beber leche y zumo de fruta! Se lo tragaban ávidamente, a chorro, directamente de la botella; no, no había ninguna duda: los viejos tiempos en los que el obrero se dejaba manchar y emplastar los dedos y las palmas de tinta, luchando cuerpo a cuerpo con la faena, esos tiempos habían llegado definitivamente a su fin. Comenzaba una nueva era con nuevas maneras de trabajar, con nueva gente que bebe leche, aunque todo el mundo sabe que las vacas prefieren morir de sed antes que tragar un solo sorbo de leche. No pudiendo soportar aquella escena, di la vuelta a la prensa para ver el resultado de su fuerza hidráulica: era un paquete enorme, más grande que el mausoleo de una familia rica en el cementerio de Olšany, más grande que una de esas cajas incombustibles de la Wertheim; lo cargaron directamente a la vagoneta que, como una lagartija, lo transportó hasta un vagón. Acerqué mis manos a los ojos para contemplarlas, esas manos mías con los dedos rasposos y nudosos como un cepo, manos sucias, manos humanas, las examiné minuciosamente y después las aparté con desprecio; se quedaron bamboleándose, suspendidas de los hombros. A la hora del desayuno los chicos y las chicas se sentaron bajo un enorme tablón de anuncios, lleno de chinchetas y noticias y formularios y papelorio, cada cual colocó su botella de leche ante sí, desenvolvió el desayuno que les había traído la mujer de los recados y se zampó despacio su bocadillo con queso o salchichón, acompañándolo con sorbos de leche, riendo y divirtiéndose, mientras que yo me tuve que agarrar de la barandilla porque de los fragmentos de su conversación había comprendido que aquellos jovencitos formaban una brigada socialista de trabajo, que cada viernes un autocar de la empresa los llevaba a la montaña, a una casa de campo, que el año pasado habían hecho un viaje por Italia y Francia y este año se preparaban para visitar Bulgaria y Grecia; se inscribían en la lista de participantes, se incitaban mutuamente para que nadie faltara; a partir de aquel momento ya nada me pareció extraño, ni que se desnudasen hasta la cintura para que los rayos del sol, ya bastante alto, bañaran sus cuerpos, ni que hiciesen proyectos para, por la tarde, ir a nadar a los Baños Amarillos sobre el Moldava y a jugar al fútbol en Modrany. Sus planes de vacaciones en Grecia me dejaron completamente abatido: yo nunca he visitado la antigua Grecia a no ser en los libros de Herder y Hegel, o de Nietzsche con su visión dionisíaca del mundo, nunca he hecho vacaciones, mis vacaciones se evaporaban en el trabajo atrasado, porque por un día de ausencia no justificada mi jefe me quitaba dos días de vacaciones y, si me tomaba algún día de fiesta, yo mismo me lo hacía pagar y me quedaba a trabajar porque mi subsuelo y el patio se llenaban de tanto papel que era incapaz de prensarlo todo, y por eso cada día, durante estos treinta y cinco años, he experimentado el complejo de Sísifo que tan bien describió el señor Sartre y aún mejor el señor Camus; cuantos más paquetes se llevan más papel llega, y así siempre, hasta el infinito; en cambio, la brigada socialista de trabajo en Bubny está siempre al día, el sol ilumina sus cuerpos de efebos griegos, esos jovencitos pasarán el verano en la Hélade, sin saber nada de nada de Aristóteles ni de Goethe, ni de la inmortalidad de la Grecia antigua, frescos como una rosa; ahora seguían trabajando con toda la calma del mundo, separaban flemáticamente el interior de los libros de las tapas y echaban sobre la cinta las horrorizadas y erizadas páginas, indiferentes e inmutables, sin darse cuenta del valor de cada libro, sin pensar que alguien lo habrá escrito, corregido, leído, ilustrado, impreso, compaginado y publicado, y que después otra persona lo habrá censurado y prohibido, y aún otra persona habrá ordenado su aniquilación, lo habrá cargado en un camión y traído hasta aquí donde jóvenes obreros con guantes rojos y azules y amarillos y naranja extirpaban sus entrañas y las tiraban a la cinta transportadora, muda pero exacta, que a empujones conducía las páginas erizadas a la prensa gigante que las comprimía en paquetes que luego pasarían a las fábricas de papel donde los transformarían en papel blanco, puro e inocente, inmaculado y aún no

ensuciado por las letras, con el que más tarde imprimirían nuevos libros... Apoyado en la barandilla, cabizbajo, miraba el trabajo del hombre; una maestra con un grupo de niños acababa de llegar al palacio de cristal iluminado por el sol; yo suponía que se limitarían a observar cómo se prensaba papel viejo, pero no, la maestra cogió un libro, atención, ¡crac!, arrancó las páginas, los niños lo comprendieron de sobra y todos tomaron libros con sus deditos, los libros se resistían, pero al fin y al cabo la fuerza de las manitas infantiles pudo más, las frentes se alisaron y pronto romper libros fue pan comido, mientras los obreros sonreían y los animaban... Todo eso me recordó mi visita a la granja industrial de Libuš; al igual que aquí los niños arrancaban las páginas de las cubiertas, allí eran jóvenes obreras quienes extirpaban con movimientos hábiles hígados y pulmones y corazones de pollos vivos colgados en un cinta transportadora, como si nada, todas las muchachas estaban alegres como unas pascuas, ignorando las miles de jaulas llenas de pollos vivos pero alicaídos... Algunos habrían podido escapar, y clo clo, picoteaban tan contentos, sin que se les ocurriese la posibilidad de liberarse, de huir lejos de la cinta con ganchos en la que las chicas colgaban del cuello a sus hermanitos. Eché un vistazo abajo, donde los niños aprendían a romper libros: en general se salían con la suya con tanto acaloramiento que se tuvieron que quitar las chaquetas y las camisas, sólo un niño y una niña se hicieron daño con algunos libros rebeldes, pero una obrera los ayudó, con un movimiento brusco arrancó las páginas insurgentes y las lanzó, erizadas, a la cinta, mientras la maestra vendaba los dedos infantiles lastimados. El cielo no es humano y yo estaba harto. Di la espalda a aquel espectáculo lamentable y, cuando ya estaba a punto de salir, alguien gritó... ¡Eh! Hañ't'a, ¿qué te parece todo esto, viejo topo? Giré la cabeza y detrás de mí, a pleno sol, vi a un joven con un gorro americano de color naranja, con una botella de leche y con el brazo teatralmente levantado, como el de la estatua de la libertad a la entrada de Nueva York que sostiene una antorcha, el joven reía, tal vez les caía bien a todos esos jovencitos, tal vez me conocían de antes, tal vez me habían seguido con la vista durante todo el tiempo que erré por la sala tirándome de los pelos, y ahora se alegraban de mi derrota... Riendo a mandíbula batiente agitaban sus guantes amarillos y naranja en el aire; yo escondí la cabeza entre las manos y arranqué a correr para huir de aquella risa amenazadora, huía a través de un largo pasillo ribeteado de millares de paquetes de libros y, a medida que avanzaba, los libros se precipitaban hacia atrás. Al final del largo pasillo me detuve; no pude resistir la tentación de desenvolver los paquetes para ver cuáles eran esos libros que habían ejecutado su venganza hiriendo los dedos de los niños: se trataba de Alicia en el país de las maravillas en dos tomos, saqué un ejemplar y comprobé que había salido en un tiraje de ciento cincuenta mil ejemplares, así que más de un cuarto de millón de *Alicias* luchaban con los deditos de los niños... Un poco más tranquilo atravesé otros pasillos, llenos de millares de libros empaquetados que desfilaban a mi alrededor, libros mudos e indefensos, como los pollos en la granja industrial, o mejor dicho en el matadero de pollos de Libuš, allí también unos pollos inocentes, huidos de las jaulas, picoteaban alrededor de la cinta transportadora hasta que los empuñaba una mano de muchacha y los colgaba en el gancho de la cinta, cortando el cuello de los pollos que apenas habían empezado a vivir, igual que los libros en aquel depósito, a los que también les estaba destinada una muerte prematura. Si pudiese visitar Grecia, me dije, iría a Estagira, a hacer una reverencia, a Estagira, ciudad natal de Aristóteles; si pudiera visitar Grecia, me detendría en el estadio de Olimpia para llevar a cabo una vuelta de honor en homenaje a los campeones de todos los Juegos Olímpicos, haría una carrera aunque fuese en calzoncillos largos hasta los tobillos, ¡ay!, si pudiese visitar Grecia... Si visitase Grecia con aquella brigada socialista de trabajo, les daría una charla no sólo sobre filosofía y arquitectura sino también sobre los suicidios, sobre Demóstenes, sobre Platón, sobre Sócrates, ¡oh! si pudiese visitar Grecia, aunque fuera con la brigada socialista de trabajo... Pero estamos entrando en una nueva época, en un mundo nuevo, distinto; a los jóvenes de hoy mis charlas les entrarían por un oído y les saldrían

por el otro, el mundo de ahora no tiene nada que ver con el de antes. Reflexionando sobre todas esas cosas bajé por la escalera trasera para entrar en la penumbra, escasamente iluminada por una bombilla, y en el tufo de mi cueva; acaricié mi prensa, su vientre bien enlustrado, su madera, alisada por los años, unos gritos terribles me despertaron de mi ensueño y, al girarme, detrás de mí vi a mi jefe con los ojos inyectados en sangre, rugiendo y vociferando, con la cara vuelta hacia el techo, expresando así su duelo y su ira por mi ausencia y por los montones de papel que se habían apilado, yo no entendí exactamente qué me reprochaba pero me sentí como un ser vil, comprendí que mi jefe estaba hasta las narices y oí palabras que hasta entonces nadie se había atrevido a decirme: que era un manta, un gandul y un cero a la izquierda. La prensa gigante de Bubny, la joven brigada socialista de trabajo y yo, menudo antagonismo moral; yo, un cero a la izquierda, yo, más pequeño que mi prensa minúscula; por un lado, la brigada socialista con su viaje a la Hélade, por el otro, yo, un manta, yo, un gandul. Toda la tarde trabajé como un negro, cargando papel con una horca, me aplicaba como si trabajase en Bubny, sudaba la gota gorda, y aunque el resplandor de los libros intentaba seducirme, yo me resistía, no hacía más que repetirme: de eso nada, olvídate, no mirarás ni un sólo libro, te mantendrás frío como un verdugo coreano. Cargaba papel como si fuera tierra inerte, la máquina se reventaba trabajando, tosía y temblaba, el motor, reumático a causa del frío de la cueva, se calentaba mucho, no estaba acostumbrado a aquel ritmo; al sentir que tenía sed, fui a buscar leche, una botella de litro, tras el primer sorbo me invadió la sensación de haberme tragado un alambre con púas, pero no me di por vencido, con mucha fuerza de voluntad seguí tragando pequeños sorbitos, como cuando era pequeño y cada día me obligaban a tomar una cucharada de aceite de hígado de bacalao, tan asquerosa me resultaba la leche; al cabo de dos horas conseguí destapar el agujero en el techo, era jueves, el día esperado con impaciencia, el día en que el empleado de la biblioteca universitaria Comenio traía un capazo lleno de libros eliminados; como cada jueves, el bibliotecario echó el capazo a mis pies, un capazo lleno de libros de filosofía, pero yo ni caso, no me inmuté, cargaba los libros en la máquina, entre aquella masa entreví la Metafísica de las costumbres, pero con el alma dolida la tiré a la prensa, como si fuera el contenido de las papeleras de la calle llenas de basura y ¡venga!, seguí trabajando, un paquete y otro, sin adornarlos, sin darles vida con las reproducciones de grandes maestros de la pintura, todos los paquetes iguales, sólo hacía aquello por lo que me pagaban, ¡fuera el arte y la creación!, fuera la belleza, toca liquidar, reciclar, limpiarlo todo; y entonces empecé a comprender que, si siempre mantuviera aquel ritmo, yo mismo podría formar una brigada socialista de trabajo, podría ponerme como meta aumentar la productividad anual en un cincuenta por ciento, tendría derecho no sólo a pasar los fines de semana en las casas de la empresa sino también a salir de vacaciones a la bella Grecia, donde correría alrededor del estadio de Olimpia con calzoncillos largos y haría una reverencia en el lugar natal de Aristóteles, en Estagira. Así seguía, bebiendo leche directamente de la botella y me decía que lo de manta no es verdad, trabajaba de un modo inhumano e insensible, como los jovencitos de la prensa gigante de Bubny; a última hora de la tarde lo tuve todo hecho para demostrar que yo no era un manta, pero mi jefe me dijo, a través de la puerta del cuarto de baño donde se duchaba bajo un chorro de agua rumorosa, que había hecho borrón y cuenta nueva, que no me volvería a dirigir la palabra, que había mandado un informe sobre mi comportamiento a la dirección y que me dejaba en sus manos para que me trasladasen a otro puesto de trabajo. Yo me quedé sentado delante de la puerta oyendo cómo el jefe se secaba con la toalla y cómo crujían sus pelos grises, y de golpe empecé a echar de menos a Maruja, que me había escrito muchas veces invitándome a Klánovice, un pueblo cerca de Praga, donde residía. Me puse los calcetines y los zapatos en los pies sucios y salí rápidamente a la calle para coger el autobús; a la caída del crepúsculo, inmerso en una profunda melancolía, bajé en un pueblecito en medio del bosque y pregunté dónde vivía

Maruja y al final encontré su torre, perdida entre los árboles, abrí la puerta pero no vi a nadie ni en la antesala, ni en el pasillo, ni en la cocina, ni en las habitaciones, ni en el comedor, así que me aventuré por el jardín y entonces mis ojos chocaron con una cosa que me dejó aún más boquiabierto que la máquina monstruosa de Bubny: dibujándose sobre un decorado de cielo ambarino, interrumpido por unas pinceladas de pinos esbeltos, se alzaba un ángel, una estatua gigante, tan grande como el monumento al poeta Čech en Vinohrady; apoyada contra la estatua había una escalera de mano y en lo alto se hallaba un señor entrado en años con bata azul y zapatos y pantalones blancos, que esculpía con un martillo una bellísima cabeza de mujer, no, de hecho no era ni de mujer ni de hombre, era una cara andrógina de ángel caído del cielo, la cara de un ser asexual; cada dos por tres el señor agachaba la cabeza para mirar a Maruja que, sentada en un sillón, olía una rosa, observaba sus rasgos y, con un cincel hábil y unos ligeros golpecitos de martillo, los trasladaba a la piedra; Maruja ya tenía el cabello cano, pero rapado como el de una chica del reformatorio, tenía el pelo corto como un muchacho, como un deportista; un ojo más bajo que el otro le daba un aire distinguido, parecía un poco desviado aquel ojo, pero yo sabía que no se trataba de ningún defecto de visión sino de un ojo que ha visto y desde ese momento ha dirigido su mirada por encima del umbral de la eternidad, fijándola en el centro mismo del triángulo equilátero, en el corazón del ser; su ojo desviado era el signo del eterno defecto del diamante, para decirlo con las bellas palabras de un existencialista católico. Yo me sentía como tocado por el rayo, maravillado, pero lo que me causaba más impacto eran las dos alas blancas, grandes como dos armarios, aquellas alas parecían moverse como si el ángel-Maruja intentase volar a través del cielo, y yo veía con mis propios ojos que Maruja —que odiaba los libros, que nunca en su vida habrá leído un libro bueno y si alguna vez tomaba alguno era para conciliar el sueño— al final de su viaje por la vida había alcanzado la santidad... La noche desbancó al crepúsculo y el anciano artista permanecía aún en la escalera blanca, su figura con zapatos y pantalón blanco brillaba y parecía colgada del cielo, Maruja me ofreció su mano tibia y, apoyándose en mi brazo, se puso a contarme que aquel señor era su último amante, el último eslabón en la cadena de los hombres con los que había estado, que aquel amante la quería sólo de forma espiritual y que en sustitución de un ser elevado le esculpía un monumento que mientras ella viviese le deleitaría en su jardín y, una vez muerta, ornaría su tumba como un enorme pisapapeles. Y mientras el anciano artista, encaramado en la escalera de mano a la luz de la luna que iluminaba la trayectoria de su cincel, se esforzaba por lograr la perfección expresiva, Maruja me enseñaba su torre desde el sótano hasta la buhardilla y me contaba muy bajito que un día se le había aparecido un ángel y ella siguió sus consejos: con el dinero que le quedaba se compró una parcela, sedujo a un excavador que, pasando las noches con ella en una tienda de campaña, le excavó los cimientos; entonces ella le dio calabazas para seducir a un albañil que le construyó todos los muros y todas las paredes, acostándose con ella y queriéndola también en la tienda de campaña; luego Maruja sedujo a un carpintero que le hizo todos los trabajos de carpintería que fueron menester; éste se acostaba con ella en una cama y en una habitación, pero también acabó recibiendo calabazas; entonces tocó seducir a un tejero, éste le hizo un techo precioso por el mismo precio que los obreros anteriores y luego le substituyó un pintor que le pintó todas las paredes y todos los techos, pero Maruja no tardó en catearlo para enamorar a un ebanista que le fabricó todos los muebles; de ese modo, gracias al amor y a la firme voluntad de cortar por lo sano, Maruja consiguió una torre y, además, a un artista que la quería con un amor platónico y, como continuación de la obra de Dios, la esculpía en forma de ángel. Así volvimos al punto de partida, habíamos hecho un círculo a través de la vida de Maruja; los zapatos y el pantalón blanco descendían la escalera mientras la bata azul se confundía con la noche inundada de luz de luna, los zapatos blancos tocaron tierra como si bajasen del cielo y el anciano de cabello canoso me tendió la mano diciendo que Maruja le había

contado toda mi historia con ella, dijo que Maruja era su Musa, que le había inspirado de tal modo que, en representación de los seres superiores, esculpía un tierno ángel monumental... El último tren me llevó de Klánovice a Praga; me acosté completamente ebrio, debajo del baldaquín donde se alzaban dos toneladas de libros, y delante de los ojos tenía a Maruja que, sin habérselo propuesto del todo, se había convertido en algo que nunca se hubiera imaginado, Maruja se había salido con la suya, estaba mejor que ninguna de las personas que conocía; yo, que no he hecho más que entregarme a la lectura, esperando una señal secreta, ¿cómo he acabado?, al fin y al cabo, los libros han conspirado contra mí, sin haberme transmitido ningún mensaje del cielo; en cambio, Maruja odiaba los libros y no obstante se había convertido en lo que había sido siempre, en el ser que inspira, además le habían crecido alas, dos alas de piedra que, a la luz de la luna, brillaban como dos ventanas de un palacio imperial iluminadas en el corazón de la noche, y con aquellas alas Maruja ahuyentó nuestra love story de las largas cintas multicolores y de la caca que había trajinado en un esquí ante los clientes del Hotel Renner al pie del Monte Dorado

7

Hace treinta y cinco años que preno papel viejo, durante treinta y cinco años he vivido con la idea de que siempre haría lo mismo, que mi prensa se jubilaría conmigo, pero después de mi visita a Bubny no pasaron ni tres días y el reverso de mis sueños se hizo realidad. Cuando llegué al trabajo, había dos jóvenes, miembros de la brigada socialista de trabajo, les reconocí, iban vestidos como si fueran jugadores de béisbol: guantes de color naranja, monos azules hasta el pecho con tirantes, que hacían destacar sus jerseys verdes de cuello alto. Mi jefe, con aire triunfal, les condujo hasta mi sótano para mostrarles mi prensa y los jóvenes en seguida se encontraron allí como en casa, cubrieron la mesa con papel blanco para colocar sobre ella sus botellas de leche, mientras yo, humillado y herido, me di cuenta con cuerpo y alma de que nunca más sería capaz de adaptarme, me encontraba en la situación de aquellos monjes que, cuando Copérnico descubrió nuevas leyes cósmicas según las cuales la tierra no era el centro del mundo, se vieron incapaces de imaginarse un mundo diferente de aquel en el que habían vivido hasta entonces y se suicidaron en masa. Mi jefe me dijo que barriese el patio o ayudase a los jóvenes o que no hiciese nada de nada si no quería porque me habían destinado a otro puesto de trabajo, al sótano de la imprenta Melantrich, donde empezaría la próxima semana y tendría que envolver papel blanco; sí, dijo esto: envolver papel blanco. Sentí náuseas: yo que durante treinta y cinco años había prensado maculatura y libros para reciclar, yo que no podía vivir sin la sorpresa cotidiana de pescar, en cualquier momento, un libro precioso como premio por toda aquella papelería repulsiva, ahora tenía que ir a envolver papel inmaculado, inhumanamente limpio y blanco. Fue un golpe tan duro que me desplomé sobre el primer peldaño de mi cueva y allí me quedé, miserable, completamente abatido por aquella noticia, con los brazos que me colgaban por delante de las rodillas; con una sonrisa quebrantada miraba aquellos dos jóvenes que no tenían ninguna culpa de todo lo que ocurría, ellos sólo cumplían la orden de prensar papel en la calle Spálená, y no hacían nada más que eso: de alguna manera tenían que ganarse el pan; echaban el papel viejo a la prensa con una horca mientras yo alimentaba la vana esperanza de que mi máquina se declarase en huelga, de que simulase estar enferma, de que fingiese que se le había trabado el engranaje, pero ella me traicionó, funcionaba de un modo completamente

distinto que antes, parecía rejuvenecida, tronaba de tanto afanarse, incluso tintineaba, cosa que conmigo no había hecho nunca, ¡riiing!, como si me quisiera demostrar que sólo la brigada socialista de trabajo le permitiría desarrollar plenamente sus facultades. Y yo no tuve más remedio que reconocer que esos jóvenes que no llevaban ni dos horas trabajando allí se comportaban como si en toda su vida no hubiesen hecho otra cosa que trabajar en aquel sótano: se habían distribuido el trabajo, uno subió a lo alto del montón que se alzaba hasta el techo y con un garfio echaba el papel directamente a la máquina; al cabo de una hora ya tenían cinco paquetes hechos; cada dos por tres, el jefe se inclinaba para admirarlos a través del agujero en el techo, les aplaudía histriónicamente con sus patas regordetas y mirándome con el rabllo del ojo, exclamaba: ¡Bravo, bravísimo!, ¡a eso le llamo yo trabajar, sí señor! Yo cerraba los ojos y tenía ganas de marchar, pero las piernas me flaqueaban, aquel ultraje me había paralizado, aquel riiing-riiing repelente de mi prensa me hacía la puñeta. Vi un libro al que la horca iba a echar al vientre de la máquina, lo limpié con la bata y me lo apreté contra el pecho, aunque estuviese frío; lo abrazaba como la madre al hijo, como Jan Hus en la plaza de Kolín tiene la Biblia casi hundida en el pecho; enseñé el libro a los jóvenes, que no le prestaron ni la más mínima atención: tenían ojos únicamente para el trabajo; cuando por fin hube encontrado el coraje suficiente, miré la cubierta: sí, era un libro exquisito, Charles Lindberg describía en él su vuelo —el primero— a través del océano. Como siempre, pensé en František Šturm, sacristán de la Santa Trinidad, que coleccionaba todos los libros y revistas sobre aviación porque estaba convencido de que Ícaro había sido el precursor de Jesús, con la diferencia de que Ícaro cayó del cielo al mar mientras que el cohete Atlas, con una potencia de ciento ochenta toneladas, lanzó a Jesús a la órbita de la Tierra, donde reina hasta nuestros días. Me dije, hoy iré por última vez a ver a František en su laboratorio de microbiótica para regalarle este libro de Lindberg sobre su vuelo a través del océano. Será ésta la última de las pequeñas alegrías cotidianas que me permitiré, después todo habrá llegado a su fin. Tambaleándome salí al patio donde mi jefe, con cara de aleluya, pesaba a la joven vendedora Hedvička, al igual que solía hacer siempre, primero con el paquete de papel para reciclar, después sin él, así se divertía mi jefe, igual que a mí me gustaban los libros, mi jefe se volvía loco por las jovencitas, siempre hacía lo mismo con todas, lo mismo que ahora hacía con Hedvička, las pesaba primero con el paquete, después sin él, llevaba anotaciones precisas del peso de cada una de ellas, jugaba con las chicas sin darse cuenta de lo que le rodeaba, las cogía por la cintura, una vez en la balanza, las arreglaba como si quisiera sacarles una foto, a cada una de aquellas pánpilas les soltaba todo un detallado discurso sobre las ventajas de las balanzas Berkel, y mientras hablaba las abrazaba por la cintura y les tocaba los pechos, siempre que leía el peso se ponía detrás de la muchacha, y al igual que ahora con Hedvička, les arreglaba las caderas y hundía la cara en sus cabelleras, olfateando sus perfumes, con la barbilla descansando sobre el hombro de la jovencita miraba el peso, entonces daba saltitos de alegría e iba a buscar la libreta y soltando gritos de exultación anotaba el peso, felicitando a la chica por no haber engordado; después la ayudaba a bajar de la balanza, la volvía a coger con ambas manos por la cintura y exclamaba ¡hala, vamos, niña!, como si la muchacha bajase de un carro, y le olía el pecho; una vez abajo, el jefe le pedía que hiciese lo mismo con él, que lo pesase, y cuando la chica lo hacía, el jefe relinchaba y rebuznaba de contento, como un viejo ciervo cuando ve a una hembra joven, y después Hedvička, como todas las chicas, tenía que inscribir el peso del jefe sobre el marco de la puerta que no daba a ningún lado. Salí a la calle soleada, pero para mí aquél era un día sumergido en la penumbra; en la iglesia, František Šturm sacaba brillo al altar lateral con un trapo, parecía una máquina, se veía de lejos que sus pensamientos estaban en otro sitio; a František, el destino tampoco le había tratado demasiado bien: lo que le agradaba era redactar noticias sobre las piernas rotas, sobre las peleas de los fines de semana, sobre los delirios y los que acababan ingresando en el hospital o en la comisaría

de policía; había escrito para Palabra Checa y para *Praga – Tarde*; si fuera por él, nunca hubiera cambiado de trabajo, pero al morir su padre sacristán, František se vio obligado a continuar su trabajo, se convirtió en chupalámparas, pero su pensamiento estaba con los borrachos de la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva y otros barrios antiguos de Praga, y cuando tenía un momento, aunque sólo fuera un ratito, se retiraba a la vicaría, a su pequeño cuarto, se instalaba en un antiguo sillón episcopal y se sumergía en la lectura sobre la aviación, sobre los nuevos aviones y sus constructores. František tenía seguramente más de doscientos libros de esa clase, pero al entregarle el hallazgo de mi cueva, František se secó las manos y por su sonrisa comprendí que nunca había tenido un libro como aquél; me miró como si quisiera abrazarme, incluso tenía los ojos húmedos de emoción y yo sentía muy dentro de mí que se acababa una época muy bonita, llena de pequeñas, minúsculas alegrías, y que nunca más podría llevarle ninguna otra sorpresa agradable a František Šturm. Ambos nos sentíamos inquietos debajo de dos enormes ángeles colgados sobre el altar lateral, pero de repente y sin hacer ruido se abrió una puerta, entró el cura y secamente y en voz baja comunicó a František que debía cambiarse para acompañarle a dar la extremaunción. Salí a la mañana soleada, me detuve un ratito delante del reclinatorio de san Tadeo y mentalmente me vi a mí mismo rezando, suplicando al pequeño Tadeo, como lo solía hacer, que intercediese en el cielo para que los terribles camiones, que me traían papel asqueroso del matadero, cayesen, ellos y la carga, al Moldava; recordé la gracia que me producía divertirme a costa de los antiguos burgueses: me ponía en el sombrero una estrella de cinco puntas que había encontrado entre la papelería para reciclar, me arrodillaba en el reclinatorio y oía los comentarios de los propietarios destronados... Es fantástico que haya obreros que recen... En eso pensaba, con el sombrero calado hasta los ojos, cuando de repente se me pasó por la cabeza arrodillarme, rezar, suplicar al pequeño Tadeo que hiciera un milagro, únicamente un milagro podría hacerme volver junto a mi prensa, a mi cueva, a mis libros sin los que no puedo vivir; estaba por caer de rodillas cuando el profesor de filosofía y de estética se cruzó conmigo, sus gafas brillaban como dos ceniceros de cristal; se quedó perplejo, como siempre llevaba una cartera y como siempre, al verme con el sombrero en la cabeza, me dijo... ¿El joven está? Vacilé un momento y luego dije que no. Madre mía, ¿no se habrá puesto enfermo?, se asustó el profesor. Dije, enfermo, no, pero le diré sin rodeos que lo de los artículos de Rutt y las reseñas de Engelmüller se ha acabado... y me saqué el sombrero; el profesor se sobresaltó tanto que le temblaban las rodillas y me señaló con el dedo exclamando... ¿Así que usted es el joven y el viejo al mismo tiempo? Me puse el sombrero bien calado y dije con amargura... Sí, y se ha acabado lo de la Política Nacional, se ha acabado el Diario de la Nación, me han echado del sótano, ¿me entiende? Y como cada día durante treinta y cinco años, me fui hacia el portal de la casa donde había trabajado. El profesor se puso a saltar y correr alrededor de mí, a estirarme de la manga, me dio un billete de diez coronas, luego otro, yo miraba el dinero y decía angustiado... ¿Para poder buscar mejor? El profesor me tomó del hombro, detrás de sus dos ceniceros con diez dioptrías sus ojos parecían grandes como los de un caballo, asentía con las gafas y balbuceaba... Sí, para que pueda buscar mejor. Buscar, ¿pero qué?, dije. Y él susurró confuso... Otra felicidad... me hizo una reverencia y retrocedió unos pasos, dio media vuelta y se fue como alguien que se aleja de una desgracia. Me dirigí hacia mi antiguo puesto de trabajo y, una vez en el portal, oí el riing satisfecho de mi prensa, alegre como las campanillas de un trineo que lleva un casorio borracho; no me veía con fuerzas para entrar, no podía ver a mi prensa ni en pintura, volví a salir a la calle donde el sol me cegó, no sabía qué hacer, y ya que no me vino a ayudar en aquel naufragio ninguno de los libros en los que tanta fe había depositado, me volví a arrastrar hacia la estatua de san Tadeo, desplomándome sobre el reclinatorio y abrazándome la cabeza con ambas manos; tal vez me quedé dormido o soñando o posiblemente el oprobio recibido me abismó en la locura: tapándome los ojos con las palmas de la mano vi que mi prensa crecía, más

y más, hasta convertirse en la mayor de todas las prensas, era el gigante entre las prensas gigantes, tan grande que sus cuatro paredes rodeaban Praga, pulsé el botón verde y la máquina se puso en marcha, las paredes amenazadoras, más grandes que las de un pantano, se pusieron en movimiento y barrios periféricos enteros caían como moscas, mejor dicho, cómo los ratoncitos que la prensa se tragaba cuando era pequeña, yo observaba desde arriba cómo las mandíbulas de mi prensa arrastraban y destrozaban todo lo que encontraban por delante, barrios, estadios, catedrales, palacios, y se acercaban al centro, aquellas monstruosas mandíbulas de mi prensa apocalíptica no dejaban escapar nada ni a nadie: ahora cae el Castillo y, al otro lado del río, se derrumba la cúpula dorada del Museo Nacional, el agua del Moldava sube, la fuerza del gigante es aterradora, lo chafa todo, ahora cae la iglesia de la Santa Trinidad, me veo a mí mismo desaparecer debajo de las ruinas, ya no veo nada, estoy prensado con los ladrillos, las vigas, el reclinatorio, ya no siento nada más que el retumbar de los tranvías rotos, aún tengo el aire suficiente para respirar dentro de aquella prisión oscura de escombros, y las mandíbulas se acercan más y más, el aire se escapa hacia arriba amalgamado con gemidos humanos... abro los ojos y veo un gran paquete prensado en medio de un desierto, un cubo de, como mínimo, quinientos metros, un cubo con toda Praga prensada, conmigo, con mis pensamientos, con todos los libros que he leído, con toda mi vida, no soy más que un pequeño ratoncito al que dos miembros de la brigada socialista de trabajo prensan en mi sótano junto con el papel viejo... Abrí los ojos y sorprendido me di cuenta de que estaba arrodillado en el reclinatorio de san Tadeo, durante un rato me quedé mirando las grietas en la madera, luego me levanté y fijé los ojos delante de mí, veía tranvías con franjas rojas, coches, peatones nerviosos, nadie descansa en la calle Spálená, todo el mundo se apresura para llegar a algún sitio, en esa calle las aceras son estrechísimas y por eso la gente chocaba conmigo, que no hacía nada, que no corría a ningún lugar, que andaba a la buena de Dios, apoyado en el muro de la vicaría; de la puerta salió František Šturm, cambiado, elegante, como cuando venía a verme, incluso se había puesto una corbata, ceremoniosamente caminaba por la calle, probablemente se dirigía a mi sótano, pero de súbito me vio y, como siempre, me hizo una reverencia, preguntándome... ¿Es usted el señor Haňt'a? Servidor, soy yo mismo, contesté, como de costumbre. Y František me dio un sobre, me hizo otra reverencia y volvió a su cuarto para cambiarse, y es que cada vez que yo le regalaba un libro valioso para su biblioteca, František repetía el mismo ritual, se ponía un redingote, cuello duro y corbata para entregarme solemnemente una carta de agradecimiento; como siempre abrí el sobre en seguida y saqué una hoja blanca con una cabecera orlada... Laboratorio Microbiótico de František Šturm; el texto rezaba... Muy señor mío: En nombre del Laboratorio Microbiótico le agradecemos el libro de Charles Lindberg Mi vuelo sobre el océano, que ha enriquecido nuestras colecciones. Esperando que su benevolencia para con nosotros dure muchos años, František Šturm, Laboratorio Microbiótico. Y un sello redondo con las letras formando un pequeño círculo... Laboratorio Microbiótico de František Šturm. Distraído, me dirigí hacia la plaza Carlos, como siempre, hice jirones la carta de agradecimiento, consciente de que mi prensa había enterrado todas esas pequeñas alegrías y diversiones, mi máquina, mi preciosa prensa que me había traicionado. Estaba clavado como un poste en medio de la plaza Carlos, indefenso y sin saber qué hacer, con los ojos fijos sobre la resplandeciente estatua de san Ignacio de Loyola con una aureola que emana de todo su cuerpo, Ignacio clavado sobre la fachada de su iglesia, triunfal, dorado como una trompeta... pero yo, en vez de una aureola, veía una dorada bañera de pie con Séneca dentro, ese Séneca que acababa de abrirse las venas, demostrando de ese modo en sí mismo la justedad de su pensamiento, el acierto de haber escrito el libro que me gusta con locura... De la tranquilidad del ánimo

8

Apoyado en el mostrador de la Cervecería Negra bebo una cerveza y me digo, a partir de ahora estás solo, a solas, solitario, tu solo te tendrás que divertir, chico, hacer comedia contigo mismo hasta que te abandones, a partir de ahora únicamente remolinearán círculos de melancolía: avanzando retrocedes, sí, el progressus ad originem es el regressus ad futurum, es lo mismo, y tu cerebro no es nada más que un paquete de ideas comprimidas en la prensa mecánica. Bebiendo cerveza miro a la gente que camina por la plaza Carlos iluminada por el sol, todos son jóvenes, estudiantes, y llevan una estrella marcada en la frente, signo del genio en embrión que cada ser lleva al iniciarse su vida; su mirada irradia fuerza, al igual que irradiaba de mí hasta el día en que mi jefe me dijo que era un manta. Los tranvías corren arriba y abajo y sus franjas rojas me consuelan; tengo tiempo, podría salir a pasear hacia el hospital de los franciscanos, dicen que la escalera del primer piso está hecha con las vigas y los listones sobre los que, en 1621, en la plaza de la Ciudad Vieja, habían ejecutado a los nobles checos; tras la ejecución, los franciscanos compraron toda la madera; pero no, mejor iré a Smíchov: en el suelo del pabellón de los jardines Kinsky hay un botón que, al pisarlo, se abre una pared y de ella sale un jinete de cera; será algo así como la sala de las maravillas de San Petersburgo donde, en una noche de luna llena, un monstruo de seis dedos pisó por error un botón y de la pared salió un zar de cera montado a caballo, haciendo un gesto amenazador: Yuri Tinianov lo describió muy bien en La figura de cera; pero seguramente no iré a ningún lado, me doy por satisfecho cerrando los ojos e imaginándomelo todo con colores más vivos de los que me podría ofrecer la realidad, prefiero contemplar los paseantes con caras que me evocan huertos llenos de pensamientos, yo, cuando era joven, tenía muy buena imagen de mí mismo, hubo un tiempo en que creía que estaría más guapo si me compraba un par de sandalias de correas estrechas, que entonces estaban de moda, y se me metió en la cabeza que las tenía que llevar con calcetines de color lila; me compré el calzado, después, mi madre me hizo los calcetines, y para estrenarlo todo había dispuesto una cita con una chica en la Taberna del Valle; aunque era un martes, sentía curiosidad para ver si la alineación de nuestro equipo estaba expuesta, así que me acerqué a la vitrina para examinar, antes que nada, el metal y la forma de su cerrojo, y sólo al cabo de un largo rato me arrimé lo bastante como para poder leer la alineación, que era la de la semana anterior, pero no obstante la leí una y otra vez, y es que sentía que con el calcetín y la sandalia del pie derecho había pisado algo grande y húmedo; una y otra vez leí la alineación de la semana anterior antes de ser capaz de mirar hacia abajo: tenía el pie hundido en una enorme cagada; en seguida desvié la vista hacia la vitrina para volver a leer los nombres de todos los once jugadores y el mío, que figuraba entre los suplentes, pero no había nada que hacer: al mirar de nuevo hacia abajo, mi pie seguía sumergido en aquella horrible cagada de perro; para remachar el clavo, llegaba la chica con quien estaba citado; me desabroché la sandalia para sacármela junto con el calcetín, lo dejé todo allí y tomé el portante; una vez en el campo, me quedé meditando sobre el destino y sus advertencias: tal vez el dedo divino me reñía por mi intención de convertirme en prensador de papel viejo para poder estar en contacto con los libros. Ahora me acaban de servir otra jarra de cerveza y me la bebo de pie, junto a la ventana abierta, el sol me hace cerrar un poco los ojos; me digo, podrías dar una vuelta por Klárov ir a ver aquella preciosa estatua de mármol del arcángel san Gabriel, que es el orgullo de la iglesia, de paso examinarías también aquel

confesionario fabuloso que el rector hizo construir con la madera de pino del baúl en el que habían transportado la estatua desde Italia, dulcemente cierro los ojos, no voy a ninguna parte, bebo cerveza y mentalmente me veo a mí mismo que, veinte años después de aquella desgracia de la sandalia y el calcetín lila, estoy paseando por las afueras de Szczecin, y en el mercado viejo veo a un hombre que vendía una sandalia derecha y un calcetín lila derecho, me habría jugado cualquier cosa que eran los que yo había dejado debajo de la vitrina de la alineación futbolística, me parecía que incluso era mi número, el cuarenta y uno, me quedé boquiabierto mirando aquella aparición, aquel vendedor que confiaba que en algún lugar viviese un mutilado con una pierna, la derecha, que calzase un cuarenta y uno, a quien un día le daría por salir de excursión a Szczecin para comprar una sandalia y un calcetín lila que harían resaltar sus encantos; al lado de aquel vendedor fantástico había una abuelita que ofrecía dos hojas de laurel, las sostenía entre dos dedos, y yo, embelesado, me di cuenta de que el círculo se había cerrado, mi sandalia y mi calcetín lila habían recorrido medio mundo para interponerse en mi camino como un reproche. Dejo la jarra vacía sobre el mostrador, cruzo las vías del tranvía, la arena del parque cruje como la nieve helada, los gorriones y los pinzones trinan en las ramas, contemplo a las madres con sus cochecitos, sentadas en los bancos con las cabezas reclinadas, ofreciendo sus caras a los rayos benefactores, y a los niños desnudos sumergidos en el agua del estanque ovalado; las gomas de los calzoncillos y las braguitas dejaron sus marcas en sus barriguitas; en Galitzia, los judíos hasídicos llevaban fajas de colores vivos y cintas llamativas para destacar las dos partes del cuerpo: la noble con el corazón y los pulmones y el hígado y la cabeza, y la otra, la negligible, la que se tenía que soportar los intestinos y los órganos sexuales; los curas católicos subieron aquella línea de demarcación aún más arriba, hasta el cuello, para poner en relieve la cabeza, como una fuente en la que Dios se moja los dedos, las monjas fueron aún más allá, recortando de la cabeza sólo el círculo de la cara y enmarcándolo con una coraza de cofias almidonadas, como el casco que llevan los corredores de fórmula 1, pienso en todas esas cosas mientras mi vista erra por los críos que se salpican y no saben nada de la vida sexual, aunque su sexo se encuentra ya en la quieta perfección, tal como me lo enseñó Lao-Tse; vuelvo a mirar las marcas de los curas y de los monjes y de los judíos hasídicos y pienso que el cuerpo humano es como un reloj de arena, lo que está abajo está arriba, y viceversa, son dos triángulos comunicantes, el sello del rey Salomón, la media entre la obra de juventud y el punto culminante de la sabiduría de toda la vida, El cantar de los cantares y E I Eclesiastés, la vanidad de las vanidades. Mi vista vuela hacia la iglesia de San Ignacio de Loyola, el oro de trompeta brilla, ¡qué curioso!, casi a todos los grandes hombres de nuestra literatura se los representa sentados, parece como si estuviesen condenados a una silla de ruedas, Jungmann y Šafarík y Palacky están inmóviles en su asiento de piedra, incluso el joven Mácha en el jardín de Petřín se apoya en una columna, en cambio las estatuas católicas son todas ellas hombres activos, en pleno movimiento, como jugadores de baloncesto, atletas triunfadores que acaban de hacer una carrera de cien metros o de lanzar un disco muy lejos, siempre mirando hacia arriba como si tuviesen que devolver el smash de Dios; estatuas cristianas de asperón con los brazos alzados, como un futbolista que lanza gritos de alegría porque acaba de conseguir un gol, mientras que el poeta Jaroslav Vrchlický está desplomado en una silla de ruedas. Cruzo la calle para entrar en la penumbra de la taberna Čížek, el local es tan sombrío que las caras de los clientes brillan como si se tratara de máscaras mientras la oscuridad se traga sus cuerpos; bajo la escalera para ir al restaurante y veo un rótulo que reza: Aquí estuvo la casa donde el gran poeta Karel Hynek Mácha escribió su poema *Mayo*, me siento pero me doy cuenta con espanto de que del techo cuelgan dos bombillas que me iluminan como en mi sótano, de modo que me levanto y una vez en la calle topo con un amigo, está un poco borracho y saca de la cartera un papel y me lo enseña: se trata de un certificado de la policía donde queda testificada su sobriedad... «el infrascrito no

tiene ni un mililitro de alcohol en la sangre»; devuelvo el documento al amigo cuyo nombre he olvidado y él me cuenta que quería empezar una nueva vida y durante dos días no bebió nada más que leche, pero esta mañana le cogió una especie de resaca de no beber, hasta el punto de que en el trabajo se tambaleaba, su jefe le mandó a casa alegando que estaba borracho y le restó dos días de las vacaciones; para hacerle la pascua, mi amigo fue a la policía, allí le hicieron la prueba del alcohol y no sólo le dieron el certificado de sobriedad sino que llamaron a su jefe echándole un bronca de miedo por destruir la moral de un obrero; y mi amigo, de tan contento como estaba de no tener alcohol en la sangre y de poder lucir aquel certificado, se ha pasado toda la mañana empujando el codo y a mí también me invita a brindar con él, a intentar otra vez ese Slalom Gigante que nunca hemos logrado completar: iríamos a la cervecería Hofman, luego a Vlachovka y a La Esquina, entonces bajaríamos con las rodillas flexionadas al Paraíso Perdido, después nos detendríamos un ratito en la taberna Myler y en cada puerta beberíamos muy poquito, sólo una cervecita de medio litro para después poder recibir un buen empujón y resbalar hacia Lada, de allí a Carlos IV, entonces moderar el paso para atravesar las puertas de las cervecerías Hausman y Kraft y, saltando las vías, la del Rey Venceslao; el Slalom Gigante se podría acabar en un descenso vertiginoso hacia Horkey o La Ciudad de Rokycany... Entusiasmado, el borracho se cuelga de mí y yo intento inútilmente librarme de su excitación; al final le abandono en la cervecería Čížek para dejar que me penetre el huerto de pensamientos amarillos y morados de los rostros humanos de la plaza Carlos, los amantes del sol se han trasladado de los bancos que se habían quedado en la sombra a otros, bañados por los últimos rayos del sol. De vuelta en la Cervecería Negra, pido un vaso de vino, después una cerveza, otro vaso de vino, sólo cuando nos aplastan sacamos el mejor jugo. Entre las ramitas, en el cielo ennegrecido, resplandece el gran reloj fosforescente del ayuntamiento de la Ciudad Nueva, si fuera millonario, como soñaba cuando era pequeño, compraría un reloj fosforescente para cada ciudad; los libros prensados se esfuerzan por última vez en romper los alambres, el retrato de un hombre de cara esponjosa, llega una corriente de aire proveniente del Moldava, donde se mezcla el olor húmedo del río con los perfumes de los prados y de las hojas, entro en la cervecería Bubeníček, al sentarme a la mesa, maquinalmente pido una cerveza, sobre mi cabeza se elevan hasta el techo dos toneladas de libros, aquella espada de Damocles que diariamente me acecha y que yo mismo colgué encima de mí, soy un niño que trae a casa malas notas, las burbujas bailan hacia arriba como fuegos fatuos, tres jóvenes en un rincón tocan la guitarra y cantan suavemente, cada quisque viviente tiene su enemigo, es inevitable, la melancolía de la eterna estructura, el bello helenismo que es la meta y el modelo, liceos clásicos, facultades de letras y de ciencias humanas, mientras en las alcantarillas de Praga viven en guerra dos clanes de ratas, la pierna derecha de mi pantalón está un poco gastada a la altura de la rodilla, la falda turquesa y la de color fuego, brazos impotentes como alas de cisnes quebradas, un jamón enorme colgado en una carnicería de pueblo, la música de las aguas residuales. La puerta se abre, entra un gigante y con él el tufo del río, toma una silla y la parte en dos, con sus manos de mortero persigue a los clientes asustados, los hace retroceder a los rincones, los tres jóvenes se arriman contra la pared como si se quisieran hundir en ella, aterrados como las flores, como los pensamientos bajo un aguacero, al final el gigante alza los dos mazos como si fuera a matar a alguien, pero de súbito los mazos se convierten en dos batutas con las que el monstruo marca el compás de su canción... Palomita cenicienta, ¿dónde has estado?... Canta dulcemente y al acabar tira los restos de la silla, se la paga al camarero y, una vez en la puerta, da media vuelta y dice a los clientes horrorizados... Señores, soy el ayudante del verdugo... y desaparece, infeliz, soñador, tal vez fue él quien, hace un año, delante del matadero de Holešovice me puso por la noche el puñal al cuello, sacó un trozo de papel y me leyó un poema sobre los hermosos paisajes de los alrededores de Ríčany, después me pidió disculpas diciendo que ésa era la única forma de obligar

a la gente a escuchar su poema. Pago la cerveza y tres copitas de ron, salgo a la calle, todavía corre el mismo aire, vuelvo a la plaza Carlos, el reloj iluminado del ayuntamiento sigue marcando inútilmente el tiempo, no tengo prisa por ir a ningún lado, estoy colgado en el aire, cruzo la calle Lazarská y me dirijo hacia la famosa callejuela donde está nuestra empresa, pensativo, abro con la llave la puerta trasera, palpo el interruptor y bajo al subsuelo donde he pasado treinta y cinco años prensando papel viejo, un montón de papel recién traído atraviesa el agujero del techo y se alza en el patio, ¿por qué dice Lao-Tse que nacer es salir y morir es entrar? Dos cosas me llenan de una admiración siempre nueva y creciente, la luz parpadeante de la noche y este trabajo que exige haber estudiado en un seminario, ¡qué maravilla!, pulso el botón verde, forro el vientre de la prensa con brazadas de papel viejo, en el fondo de los ojitos de los ratoncitos veo algo más que el cielo estrellado sobre mi cabeza, dormitando me viene a visitar mi gitana, la prensa se cierra como el acordeón entre unos dedos hábiles, aparto de la caja la reproducción de Hieronymus Bosch, de aquel nido tapizado con estampas, para buscar libros, escojo la página en que Carlota Sofía, reina de Prusia, dice a su camarera... No llores, me voy allí para saciar mi curiosidad, allí podré ver las cosas que ni el mismo Leibniz me ha podido enseñar, me voy más allá de la frontera del ser y de la nada, ¡iriiiing!, la prensa tintinea, el cuerpo de mi gitana estaba untado con mantequilla, resbalaba como el hielo antes de derretirse, la prensa gigantesca de Bubny reemplaza diez máquinas como la mía, Sartre escribió cosas muy buenas sobre eso y Camus aún cosas mejores, los lomos brillantes flirtean conmigo, un señor mayor con una bata azul y zapatos blancos sube a la escalera de mano, un movimiento brusco de las alas levanta una nube de polvo, Lindberg atravesó el océano volando. Paro el movimiento de la prensa, me preparo un nido, una cama dentro de la prensa; aún soy algo, puedo llevar la cabeza bien alta, no tengo motivos para avergonzarme de nada; como Séneca cuando entró en la bañera, meto dentro primero un pie, el otro resbala pesadamente, para probarlo me encojo como una bola, entonces me arrodillo y pulso el botón verde, me vuelvo a enroscar en mi pequeño nido dentro de la máquina, en medio de papel viejo y libros, aprieto firmemente con las manos a mi Novalis con el dedo puesto sobre la frase que siempre me ha llenado de entusiasmo, sonrío dulcemente porque empiezo a parecerme a Maruja y su ángel, empiezo a entrar en un mundo donde no he estado nunca, me apoyo en el libro, en la página que dice... Cada objeto amado es el centro del paraíso terrenal... y yo, antes de empaquetar papel blanco en la imprenta de Melantrich, yo, como Séneca, como Sócrates, yo, en mi prensa, en mi cueva, he escogido mi caída que no es sino mi ascensión, el cilindro me aprieta las piernas a la barbilla, más y más, pero yo no dejaré que nada ni nadie me eche fuera del paraíso, estoy en mi madriguera de donde nadie puede mandarme al exilio, nadie me puede trasladar, ¡ay!, el lomo de un libro se me ha clavado debajo de una costilla, ¿acaso me he sometido a la tortura para descubrir en ella la última verdad?, la fuerza de la máquina me aprieta, me dobla como una pequeña navaja plegable, en este momento de la verdad se me aparece mi gitana, estamos juntos en el Monte Redondo, nuestra cometa vuela por los cielos, la gitana toma de mis manos el ovillo y yo veo que la cometa tiene mi doloroso rostro, la gitana le manda una carta, veo cómo avanza a empujones, ya la tengo al alcance de la mano... En ella está escrito, con grandes letras infantiles: ILONKA; sí, así se llamaba, ¡al fin he podido saberlo!